Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

Pasaporte a las estrellas



Hebert Melnick entró en la redacción a las ocho en punto de la mañana y se encontró con un desconocido sentado en la mesa de Samuel Lachman. Se dirigía a él para preguntarle quién era y qué hacía allí cuando escuchó la voz de Carol y vio que ella surgía de su propio despacho, llevando en las manos varios ejemplares atrasados del periódico.



A. Thorkent

Pasaporte a las estrellas

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 27

ePub r1.1

Titivillus 05.09.2019

A. Thorkent, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PASAPORTE A LAS ESTRELLAS

A. THORKENT

1

—Sam, cariño, ¿de verdad crees que al público volverá a interesarle ese tema?

—Supongo que sí —Samuel Lachman se encogió de hombros y miró a Carol Smith, sentada frente a él al otro lado de la mesa repleta de papeles, boletines de agencia y recortes de su propio periódico y de la competencia—. Las rotativas están tirando el número de hoy con la última entrega de nuestra serie de reportajes acerca de los problemas en la India. ¿Qué preparamos para después?

—Pero hablar del Vorágine no me seduce. Es un asunto antiguo y que ya ha sido tocado varias veces. Es cierto que hace años hizo furor, cuando se especuló que una de las naves Kherle podía encontrar a los hombres que lo tripularon, muy ancianitos ellos.

Sam asintió.

—Sí, lo sé. Esa pasión por el Vorágine fue a raíz de hacerse público que la K-9 iría a un planeta de Centauro. —Sonrió—. Entonces nosotros hacía apenas cinco meses que habíamos obtenido los permisos y lanzábamos nuestros primeros números.

—Y tú escribiste un artículo que me gustó mucho —Carol entornó los ojos, tratando de retroceder al pasado—. Decías que no comprendías por qué los kherles no enviaron allí la primera nave, la K-1, siendo la estrella más próxima a nosotros. Levantaste polémica.

Sam arrugó el ceño. Aunque no habían transcurrido tantos años desde que Carol y él trabajaban en el Nuevo Mundo de Nueva York, a veces le parecía una eternidad y se preguntaba constantemente si colmaba sus sueños y le compensaba de tantos sinsabores y

esfuerzos.

—De todas formas podríamos darle un enfoque nuevo al tema —dijo distraídamente.

—Olvídate del Vorágine y su leyenda. ¿Por qué no tocamos el asunto de las sectas religiosas que han crecido como hongos?

Un redactor pasó cerca de ellos para dirigirse a la salida y les dio las buenas noches. Unas mesas más allá, una mujer recogía sus cosas y les agitó una mano para despedirse.

—Nos hemos quedado solos —suspiró Carol—. Creo que deberíamos marcharnos también, dormir y dejar para mañana la decisión. Tal vez se nos ocurra algo original mientras desayunemos.

Sam consultó la hora. Eran las dos y media de la madrugada. Hasta sus oídos llegaba el rumor de las rotativas. Escuchó el frenazo de un camión en el patio y las voces de los conductores que aguardaban la salida de la primera edición para repartirla por la ciudad.

Volvió a echar una mirada a los apuntes hechos en la libreta. Con el lápiz rodeó la palabra Vorágine.

Ella vio su gesto y sonrió.

—¿Por qué te obsesionas con eso? —preguntó.

—No es una terquedad mía, cariño. Te explicaré. ¿Recuerdas a Sebastián Gálvez?

—Claro que sí. Estuvo con nosotros en la K-1. Dios, cómo pasa el tiempo. Cinco años, ¿no?

—Casi.

—¿Qué tiene que ver Sebastián?

—Esta mañana me encontré con él en una cafetería.

—¿Para qué está en Nueva York?

—Un trabajo relacionado con su profesión. Sigue en eso de la televisión.

—Pensé que después del jaleo en que se metió a su regreso a España lo habían puesto entre rejas.

—Estuvo preso, sí; pero el juicio no se celebró y salió a los pocos meses, creo que después de dos, acogiéndose a un indulto. Me contó que anduvo dando tumbos, hasta que un amigo le buscó un trabajo en el departamento de información de la regencia de su país.

—Resulta irónico, ¿no?

—Bastante. Por lo visto su expediente se perdió y nadie se acordó de que él estuvo en la lista negra por pregonar, tras su visita a la
K-1
en el Complejo Lunar, que varios líderes políticos de su gobierno habían empezado a comerciar con las listas de colonos.

Carol soltó una corta carcajada.

—Conseguimos algo, ¿verdad? —dijo. Se puso triste enseguida —. Pero nos costó mucho. Los kherles nos oyeron y amenazaron a las potencias y al
CEM
, y a partir de entonces la selección de los voluntarios se hizo con cierta honestidad. Cariño, ¿qué crees tú que nos harían si supieran que nosotros tres tuvimos la culpa?

Sam sonrió y agitó la cabeza.

—Prefiero no pensarlo.

—Bien, dime en qué ha influido Sebastián en ti para que bulla en tu cabeza la idea de volver a hablar del Vorágine.

—Gálvez conoció a uno de los tripulantes cuando era un niño. Era un compatriota suyo que embarcó junto con los otros veintinueve.

—Por ahí debe andar una relación de todos ellos. Sin embargo creo recordar que no había ninguno de nacionalidad española.

—Pues lo era. Su madre se divorció de su padre, y luego se casó con un americano y se lo trajo aquí.

—Sigo sin saber quién es. En la tripulación había varios nombres hispanos en el grupo de los Estados Unidos, pero todos nacieron aquí.

—Excepto ese amigo que Gálvez conoció en su infancia. Sebastián logró convencer a sus jefes de que sería una buena noticia entrevistar a la madre de ese astronauta.

—¿Sabe dónde vive?

—No. Me pidió que le ayudara a localizarla.

—Va a perder su tiempo y dinero. ¿Cree que vive en Nueva York?

—Al menos eso consta en sus informes. Le dije que fuera mañana a nuestro apartamento a primera hora. ¿Te importa?

—De ninguna manera. Tengo ganas de saludar a Sebastián.

¿Cuánto tiempo estará en la Unión?

—Tiene un permiso para dos meses.

—Le ayudaremos, por supuesto; pero sigo pensando que para nuestros lectores no sirve recordarles que hace veinticinco años partió del Complejo Lunar esa nave llena de locos.

Sam dobló el cuaderno y lo guardó en un cajón de la mesa.

—Vámonos, cariño.

Ella suspiró.

—Está bien. Si mañana tenemos que hacer los honores a nuestro viejo amigo será mejor que lo dejemos. Oye, tal vez él nos dé alguna idea.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Podría contarnos cosas que pasan en Europa.

Sam iba a tomar su chaqueta cuando un joven entró en la redacción.

—Hola, Peter —saludó Sam—. No sabía que hoy estuvieras de guardia en la entrada.

Peter Losada anduvo hasta ellos despacio, moviendo las caderas para que fuera bien visible el revólver que llevaba colgado al cinto. Sam fingió no apreciar aquellos gestos de vaquero del Oeste. Peter llevaba dos meses custodiando la puerta principal y se tomaba muy en serio su misión de vigilante.

—Hay un tipo que habla con un horrible acento que quiere verte, Sam —dijo Peter—. Cole lo mantiene fuera. No nos fiamos de él.

—¿Por qué no has usado el teléfono para decírmelo?

—Demonios, Sam, ¿no sabes que no funciona desde hace dos días? ¿Cuándo van a arreglarlo? Así no se puede vigilar de noche. ¿Qué haremos los vigilantes cuando surja una emergencia?

—¿Cómo se llama?

—Gálvez.

Sam cruzó una mirada de extrañeza con Carol y dijo inmediatamente a Peter.

—Déjale entrar. Es un amigo nuestro.

Peter inquirió extrañado:

—¿Vuestro?

—Sí, hombre. ¿Es que no te contamos que un corresponsal español estuvo con nosotros dentro del Módulo de la

y habló también con los kherles?

Peter abrió la boca y dejó escapar una exclamación de asombro.

—Corre y dile a Cole que le deje pasar —dijo Carol.

Peter se marchó y Sam caminó hasta la entrada de la redacción, viéndole desaparecer por el pasillo en dirección a la escalera.

—¿No me habías dicho que iría a nuestro apartamento? —preguntó Carol.

—Eso es. Pero le di la dirección de nuestro periódico. Tal vez ha tenido algún problema y no puede esperar.

Un minuto más tarde regresó Peter seguido de un hombre mientras Sam acudía a su encuentro, Carol estudió al recién llegado.

Sebastián Gálvez había envejecido más de cinco años, pensó la muchacha. Ya no flotaba en sus labios aquella sonrisa perenne que tanto había llamado su atención cuando se conocieron en Australia antes de entrar en la lanzadera rumbo a la Estación Lunar, como se llamaba entonces el Complejo donde se construían las gigantescas naves estelares bajo la dirección de los kherles.

Gálvez parecía más viejo. Tenía los hombros un poco hundidos y sus aladares estaban blancos. Carol vio que estrechaba nerviosamente la mano que le tendía Sam y luego la miraba a ella.

—Carol… —dijo el español.

—Hola, Sebastián.

El hombre la tomó por los hombros y la besó en las mejillas. Carol notó que llevaba algún tiempo sin afeitarse. Al separarse de él le vio sonreír forzadamente.

—Estás estupendamente —dijo Gálvez.

—Tú también.

—Gracias, pero no es verdad. Estoy hecho un asco.

—¿Te ha pillado un autobús? —preguntó Carol señalándole el traje lleno de arrugas.

—Ojalá hubiera sido eso —Gálvez se sentó en la primera silla que encontró. Rebuscó en sus bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos—. ¿Podéis darme un poco de café?

—Abajo tengo un termo lleno —dijo Peter. No había dejado de observar con admiración a Gálvez—. Vuelvo con él enseguida.

Sebastián encendió el cigarrillo y fumó ansiosamente.

Carol y Sam se sentaron frente a él.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó ella.

—Demasiadas cosas desde que te dejé esta mañana, Sam. Por cierto, este edificio parece una fortaleza. Me habían dicho que anduviera con cuidado por Nueva York durante la noche, pero no me figuré que la peligrosidad en las calles fuera tanta. Esos guardias armados hasta los dientes… ¿Por qué? ¿Teméis que os roben?

—Tememos muchas cosas, amigo —sonrió Sam—. Los ladrones son los menos peligrosos. Ya hemos tenido tres intentos por parte de grupos fanáticos que quisieron ver cómo ardía esta casa y nosotros dentro de ella.

—Y debes añadir a esa gente fuera de la ley a los agentes del CEM, que operan ocultos en el anonimato para intimidar a quienes seguimos molestándoles desde los medios de información libres —dijo Carol.

—Vaya, aquí las cosas no son muy diferentes a mi país.

Peter regresó con el termo y varios vasos de plástico que llenó de humeante café. Él se sirvió uno y se apoyó contra una mesa, sin dejar de mirar a Sebastián.

—Cole estará echándote de menos —le advirtió Sam.

—La calle está tranquila —sonrió Peter—, y en el patio todo se halla bajo control, cargándose los camiones.

—Le dije que tú estuviste con nosotros en la nave Kherle y está lleno de curiosidad por oírte —explicó Carol a Gálvez con una sonrisa.

Sebastián se encogió de hombros y observó al vigilante.

—Mejor será que nos cuentes en qué lío te has metido para venir aquí de madrugada —dijo Sam.

—Sí, es cierto —Gálvez bebió un sorbo de café, fumó y añadió—: Después de despedirme de ti, Sam, tomé el metro y me dirigí a Brooklyn. Allí tenía que entrevistarme con cierta persona, pero no estaba en su apartamento y decidí dar un paseo antes de entrar de nuevo en el subterráneo. De pronto me encontré en medio de un mitin. Un tipo que vestía una túnica oscura estaba subido a un cajón y se dirigía a un grupo que lo escuchaba muy respetuosamente. Sentí curiosidad y me quedé a ver qué pasaba.

—¿Con una túnica? —Preguntó Carol—. Sin duda era un acólito de Macombe.

De eso me enteré después —sonrió Gálvez—. La Policía se presentó a los pocos minutos y sin mediar ninguna advertencia arremetió contra todos nosotros. El hombre de la túnica saltó del cajón y echó a correr. Tomó mi camino y ambos nos detuvimos en un callejón, mientras los agentes en la otra calle no paraban de dar golpes a diestro y siniestro. Cuando las cosas se calmaron salimos de nuestro escondite y aquel tipo, tras arrojar su túnica a un cubo de basura, me invitó a un trago.

—Dios, Sebastián, fuiste cometiendo un error tras otro —dijo Sam.

—¿Qué sabía yo? Pensé entonces que tendría una buena historia y lo acompañé a un bar que se encontraba en un sótano.

—¿Es que en Europa se ignora todo lo referente a Macombe y sus Hijos de las Estrellas? —preguntó Peter.

—Sólo hemos oído hablar de las sectas que han surgido tras la aparición de los kherles —gruñó Gálvez—. Yo sentía curiosidad por conocer a una de cerca.

—Pues elegiste la peor, la que más teme el gobierno —dijo Carol—. Macombe y sus acólitos son tolerados oficialmente, pero en realidad se les persigue más que a ninguna otra secta. A veces intentan penetrar en los barrios residenciales y son arrojados de allí a palos por los vigilantes privados o la Policía.

—No lo entiendo. Buscan lo mismo que las otras, ¿no?

—Sí, pero Macombe, su líder, recrudece sus consignas cada vez más.

—Lo comprendí esta tarde.

—¿Qué comprendiste?

—Después de tomar unas copas, ese tipo me llevó a un lugar situado en un viejo almacén. Me dijo que se llamaba Donald Cohen y ya estaba muy bebido cuando me juró mil veces que era mi amigo. Yo me había convertido en su camarada, vamos. Quizá pensó que simpatizaba con su movimiento porque corrí a su lado huyendo de la Policía y sus porras.

»Para resumir, me encontré en medio de una reunión. Me presentó a sus compañeros como uno más del grupo, un adicto, y allí estuve escuchándolos hasta que apareció un negro altísimo, el mismísimo Macombe.

2

Robert Gordon se pasó la mano por la cabeza. Era un gesto instintivo con el que pretendía alisarse el escaso cabello rojizo. Lo hacía frecuentemente cuando se sentía nervioso o inquieto, y aquella mañana tenía motivos de sobra para estar preocupado.

Le inquietaba la visita de aquella mujer que tanto aborrecía. La sonrisa de Ann Maycooper debía interpretarla como el gesto de una hiena antes de lanzarse a devorar unos despojos.

¿Acaso en la mirada que tenía enfrente flotaba de nuevo la amenaza de su fin definitivo como alto ejecutivo del CEM? ¿Es que no había tenido bastante que soportar? Bob Gordon conoció a Maycooper cinco años antes, en el Complejo Lunar. Ya entonces ella poseía más autoridad que él en la organización, y ahora la distancia entre ambos había aumentado. Se decía que a Ann le faltaba muy poco para ser nombrada miembro del Comité. Y aún no había cumplido treinta años.

Una vez más, se preguntó si aquella meteórica carrera se debía a la inteligencia de Ann o al uso adecuado que había hecho de su cuerpo. Tenía que admitir que era una mujer muy atractiva.

Aun fumaba despacio mientras leía el informe que Bob apenas terminó de redactar una hora antes de que ella se presentara sin avisar en su despacho. Cuando acabó le sonrió más ampliamente y comentó después de dejar la carpeta sobre la mesa:

—A primera vista me parece correcto. Creo que usted ha tomado todas las precauciones. Sin embargo…

Gordon aspiró profundamente y esperó impaciente a que la mujer terminara la frase de una condenada vez.

—¿Tiene algo que objetar a mis planes para la seguridad en el viejo edificio de la ONU

? —preguntó, cansado del silencio de Ann.

Encuentro algunos puntos débiles pero son corregibles fácilmente. No olvide, mi querido Bob, que sobre sus hombres caerá la responsabilidad de proteger a nuestro Presidente y sus invitados. Vendrán casi todos los Jefes de Estado del mundo.

—La Policía de la ciudad y mis agentes empezaron a registrar cada palmo de esos edificios hace más de dos meses, y desde entonces no hemos dejado entrar a nadie sin estar debidamente identificado. Cada obrero que trabaja allí es controlado día y noche.

Ann apagó displicentemente su cigarrillo en un cenicero de plata.

—No olvidemos a los informadores. Allí se reunirán más de doscientos. Amigo mío, recuerde lo que ocurrió hace unos años en el Complejo. Usted era entonces un ayudante del jefe de seguridad.

—Se demostró que yo no tuve la menor culpa —dijo Bob, empalideciendo. Por culpa de aquel suceso su carrera sufrió un parón.

—Lo sé, lo sé. Usted estuvo a punto de ser expulsado del CEM, pero su jefe lo pasó muchísimo peor. No podemos permitir la actividad de elementos incontrolados. Un acto de protesta tendría un pésimo eco en el mundo y nuestra imagen se resentiría mucho. Todos estamos obligados a colaborar con el Presidente y su nueva política de amistad y acercamiento al resto de los países.

Ante las últimas palabras de Ann, Bob se atrevió a sonreír un poco. La mujer era una hipócrita, pensó. Ningún ejecutivo del CEM, desde su director general, Percival O'Hara, hasta el último empleado con responsabilidad, estaba de acuerdo con los proyectos del Presidente. David Mulligan era ya muy viejo para el cargo, y su terquedad por regresar a los viejos tiempos y convocar elecciones limpias y democráticas podía ser muy bien acogida por muchos, pero existía un gran número de personas en el país que se le oponían firmemente.

Mulligan pretendía dar un ejemplo al mundo amparándose en la incipiente prosperidad que parecía estar lográndose gracias a las nuevas fuentes energéticas de los Generadores K. Tras la reunión de Jefes de Estado pretendía que su actitud fuera seguida por muchos

países y se iniciara una cadena de elecciones libres en todo el mundo.

En determinados niveles se rumoreaba que el vicepresidente Connally no comulgaba con Mulligan y había discutido con él varias veces, alcanzando la tensión entre ambos tal extremo que el Presidente había amenazado a su colaborador con destituirle.

Mulligan quería romper con el sistema de elección mediante la actuación exclusiva del Senado, que no se renovaba desde hacía quince años, desde la última vez que el pueblo americano acudió a las urnas. Fue una ley dictada en un tiempo de crisis que nadie intentó derogar pese a ser transitoria.

Después de tres lustros de inmovilismo, el Senado parecía agotado y no se oponía al plan de renovación de Mulligan. La noticia se iba a dar públicamente a la nación el mismo día en que el Presidente abriera la reunión con la mayoría de los líderes mundiales. Hasta entonces sería un secreto que muy pocos conocían.

Gordon asintió.

—Sí, debemos colaborar con nuestro Presidente.

—Noto en sus palabras cierto tono irónico…

—Oh, nada de eso. Es que a veces me pregunto si la decisión del Presidente conviene al CEM.

Ann abrió las manos.

—Siempre obtendremos algo a cambio, ¿no? Dentro de dos semanas partirán las naves K-25 y K-26. Veinte mil colonos, quizá los últimos que hayan sido elegidos según los deseos de nuestros benefactores los kherles.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gordon, de repente sintiéndose intranquilo. Si Ann pretendía hacerle una confidencia debía ponerse en guardia. Aquella tigresa resultaba más peligrosa cuanto más amistosa se mostraba.

—¿No lo entiende? —Rió Ann—. A raíz de la desgraciada intervención de una o varias personas en la

, con la que pusieron en aviso a los kherles de que manipulábamos la elección de colonos a las estrellas, decidimos no intervenir si no era para impedir que algunos países, con escaso cupo, hicieran un pequeño negocio vendiendo pasajes. No queríamos problemas entonces. Pero ahora es distinto. El Comité Económico Mundial no está dispuesto a dejar de controlar esos planetas porque en ellos estará el futuro de la raza humana, su prosperidad y su poder.

—¿Es qué vamos a intervenir ahora?

—De hecho hemos empezado, Gordon. Estamos preparados para controlar todas las listas de voluntarios. No queremos que las naves se carguen con personas llenas de ideas revolucionarias y atávicas. Si la Humanidad va a expandirse por la galaxia debemos estar seguros de que se mantendrá unida y dispuesta siempre a seguir adelante con el único propósito de no dejarnos avasallar por ninguna etnia alienígena.

—¿Los grupos estarán mandados por nuestra gente?

—Sí. Y le aconsejo que presente su solicitud. ¿No le gustaría visitar un hermoso planeta, una copia de la Tierra pero sin seres inteligentes?

—De ninguna manera —respondió Gordon tajantemente.

—No me diga que usted es uno de esos que piensa que los kherles nos quieren para usarnos en un macabro experimento.

Gordon no respondió.

Ann se echó a reír. Buscó un nuevo cigarrillo y dejó que Bob se lo encendiera.

—Estamos formando grupos de élite —dijo Ann— para que embarquen en las próximas naves.

—No me seduce la idea de meterme en una y permanecer dormido muchos días, sin saber en dónde despertaré. Después de cuatro años, ¿qué sabemos de las veinticuatro que han partido?

—Vamos, Gordon, olvide esos rumores que corren por ahí. Los kherles no nos quieren para llenar sus zoológicos o para cocinarnos. Una raza tan adelantada no puede pensar en esas ideas propias de las viejas historias de ciencia ficción. Admitamos que existen razas inteligentes en la galaxia diferentes a la nuestra, es evidente. Están los kherles, ¿no? Sin embargo, lo que no me gusta de esos seres es su avaricia a la hora de darnos información. No quieren contarnos

nada de su mundo, de lo que existe más allá de nuestros conocimientos.

Gordon pensó en los Generadores K, inaccesibles para los investigadores terrestres; en los llamados Sellos, en el misterioso Impulsor K que los kherles instalaban en las gigantescas naves que los hombres de la Tierra construían en el Complejo Lunar a solas, sin que nadie les observase.

Sí, al final habían llegado los míticos seres bondadosos procedentes de las estrellas, los nuevos mesías como los llamaban algunos fanáticos. ¿Pero era bastante lo que estaban dando?

—De todas formas prefiero seguir en la Tierra, señorita Maycooper —dijo Bob negando con la cabeza—. Por cierto, ¿usted se ha presentado como voluntaria? Supongo que sería elegida con facilidad.

Bob se equivocó si pensó que iba a molestar a la mujer con sus palabras que pretendían ser hirientes. Ella le volvió a sonreír.

—Nuestros superiores saben que pueden contar conmigo cuando les interese. Yo estoy dispuesta a ir donde me manden. Así se lo he dicho.

—Entonces es posible que yo también presente mi solicitud.

—Hágalo por el cauce más rápido. Yo pienso que antes de dos años embarcaré en una de esas naves.

Bob tomó nota mentalmente para averiguar más adelante en cuál podía ir ella para intentar que a él no le metieran en la misma donde viajara la Maycooper.

—Gracias por su consejo —dijo secamente—. Quizá usted sepa cuántas naves piensan lanzar al espacio esos alienígenas.

—Lo ignoro. Nadie lo sabe en el Comité. Esos malditos perros azules no sueltan nada que nos permita adivinarlo. Dicen que tienen una misión que cumplir y punto; que estarán con nosotros hasta que ésta finalice. Dios, ¿actúan por su cuenta o son unos simples servidores que obedecen a seres superiores a ellos?

Gordon volvió a alisarse sus casi inexistentes cabellos.

—Pero si las naves que enviamos no están capacitadas para regresar, concebidas para el viaje de ida, ¿cómo estableceremos contacto con las colonias estelares algún día? No es tan sencillo como usted piensa, señorita Maycooper.

—Eso equivale a decir que nuestros superiores están

equivocados —le reprendió ella.

—No pretendía decir eso. Las colonias prosperarán solas, sin nuestra ayuda. ¿De qué nos valdrá tener allí a gente que implante nuestras ideas? Se cansarán de esperar recibir instrucciones, pasarán años, siglos antes de que logren contactar unas con otras. Años luz las separarán siempre.

Ann entornó los ojos y dijo muy segura de sí misma:

—Algún día conoceremos el secreto de los Impulsores y de los Generadores.

—¿Sin un Sello Kherle que rompa su Cobertura? —sonrió Bob.

—Nada es imposible para nosotros. Si logramos vulnerar ese escudo protector sin que corra peligro lo que protege, sabremos cómo duplicar los ingenios. Nosotros no somos inferiores a esos seres repugnantes.

Gordon tosió discretamente. Ann se había dejado llevar por los impulsos de su subconsciente y le había demostrado claramente que odiaba a los kherles. Existía en ella un profundo racismo. En otras circunstancias y con otra persona delante en vez de Ann se hubiera atrevido a preguntar si en los planes del
CEM
entraban personas que no fueran de pura raza blanca. Hasta ahora en las naves K habían embarcado seres de cualquier color y de todos los países. Seguramente no Sería así más adelante, cuando los del Comité controlaran totalmente el proceso de selección, esta vez más sutilmente y sin despertar sospechas como ocurriera al principio.

—Estoy seguro de que todo cuanto dice lo conseguiremos algún día —dijo Gordon muy serio. Temía despertar la ira en Ann y no estaba dispuesto a correr el riesgo—. ¿Alguna instrucción más?

Ann recogió la carpeta con los planes de seguridad. Se levantó y Bob hizo lo mismo.

—Le comunicaré los posibles defectos que existan, Gordon. No creo que sean muchos. Debo reconocer que ha hecho un buen trabajo.

Aquel cambio repentino en la actitud de Ann le cogió desprevenido y no atinó a responder. Se limitó a asentir con la cabeza y a acompañarla hasta la salida de su despacho. Junto a la puerta, ella se volvió y le tendió la mano.

—Nos veremos a menudo hasta la apertura de la reunión. Ya

trabajamos juntos una vez y todo salió perfecto. Espero que en esta ocasión también salgan las cosas a plena satisfacción de nuestros superiores.

—El presidente quedará contento.

Ella abrió la boca y terminó formando una sonrisa.

—Sí, nuestro presidente saldrá de la ONU muy orgulloso de nosotros.

A solas, Bob meditó sobre las últimas palabras de Ann. No las encontraba lógicas en sus labios. Entre otras cosas, sabía de ella que particularmente no compartía las nuevas ideas de Mulligan, y en cambio sí las del vicepresidente Connally, actualmente condenado al ostracismo a causa de sus divergencias con el primer mandatario.

3

Hebert Melnick entró en la redacción a las ocho en punto de la mañana y se encontró con un desconocido sentado en la mesa de Samuel Lachman. Se dirigía a él para preguntarle quién era y qué hacía allí cuando escuchó la voz de Carol y vio que ella surgía de su propio despacho, llevando en las manos varios ejemplares atrasados del periódico.

—Hola, jefe. Te presento a Sebastián Gálvez —bajó la voz—. ¿No te hablamos de él hace tiempo? Gálvez, quien te observa tan ceñudo es Hebert Melnick, el mismo que arriesgó hasta su último centavo en esta empresa de locos.

Se estrecharon las manos. Gálvez hacía un rato que se había afeitado con la maquinilla de Sam y tenía un aspecto menos lamentable con el que Carol le viera unas horas antes.

—Sí, recuerdo el nombre del compañero de aventuras —susurró Hebert. Más alto, añadió—: ¿Habéis pasado aquí toda la noche?

Sam entró sonriente pero con aspecto cansado. Sólo había en la redacción, además de ellos, otras cinco personas que apenas les prestaban atención. A veces desviaban los ojos de las pantallas donde redactaban las noticias con despreocupación, indiferentes.

—No nos fuimos, Hebert —dijo Sam—. Sebastián nos estuvo contando cuanto le pasó ayer por la tarde. No vas a creértelo, pero sin proponérselo asistió a una reunión clandestina presidida por Macombe.

—Y por lo que veo no salió bien librado —dijo Hebert, mirando lo arrugado que Gálvez tenía su traje, lleno de manchas.

—Eso fue después —rió Sam—. A Sebastián, aunque te resulte increíble, no le descubrieron. Todo el mundo pensó que era uno más del grupo y se marchó sin ser molestado. Su problema vino luego.

—¿Qué pasó en esa reunión, Gálvez? —preguntó Hebert. Se

sentó en la mesa y cruzó los brazos.

—Macombe es un líder nato, señor Hebert —dijo Sebastián—. Todo el mundo escuchaba sus palabras sin moverse, ni agitar un párpado, Macombe anunció que durante las próximas noches la gente de la ciudad de Nueva York conocería la furia de los Hijos de las Estrellas. Al parecer pretende que todo el mundo sepa que ellos son los únicos interlocutores válidos para entenderse con los kherles, que los demás están usurpándoles sus derechos.

—¿Qué quiere hacer ese loco?

—Enviará a sus fanáticos a ciertos barrios y allí pasarán cosas. Incendios, saqueos, etcétera.

Hebert palideció.

—Tendríamos que alertar a la Policía —dijo.

Sam negó con la cabeza.

—No nos harían caso viniendo la advertencia de nosotros.

—¿Por qué? —preguntó Gálvez.

—No estamos bien considerados por el Comisario en jefe. Pensarían que pretendemos provocar agitaciones y pánico. Ni siquiera deberíamos publicarlo.

—Haced lo que queráis —Sebastián se encogió de hombros—. Me importa muy poco lo que pase en esta ciudad.

—Un momento —dijo Hebert—. ¿Qué hay de esos rumores de que dentro de varios días llegarán a la ciudad muchos Jefes de Estado para celebrar una reunión con Mulligan?

—Parece ser cierto, jefe —dijo Carol—. Hace tiempo sanearon el viejo caserón de la ONU y desde entonces montan a su alrededor una guardia infranqueable.

Gálvez bostezó.

—En Europa también corren rumores parecidos. Nuestro Regente, Fidel Hoces, piensa trasladarse a la Unión en breve.

—¿Estás seguro?

—Sí, y otros presidentes y líderes europeos. ¿Qué ocurre?

—No lo sabemos —Hebert agitó las manos—. Ayer recibí un comunicado del Departamento de Estado. Antes de dos días debo dar los nombres de dos reporteros de este periódico para que reciban las credenciales que les permitirán asistir a una rueda de prensa muy importante. Quizá tenga que ver con esa hipotética

reunión de Jefes de Estado.

—¿No os parece que es muy significativo que Macombe piense provocar disturbios dentro de unos días, muy probablemente coincidiendo con esa reunión? Es su manera de protestar.

—Al principio pensé que Macombe era un pobre diablo —dijo Gálvez—; pero ahora le temo, sobre todo después de oírle hablar.

—Macombe será peligroso si no le cortan las alas cuanto antes —dijo Carol—. ¿Qué tal estáis de sectas parecidas en tu país, Sebastián?

—Allí crecen como la hierba —se rió Gálvez—. Tenemos apóstoles a montones. Lo da la tierra. Pero la mayoría pretenden alertarnos de los kherles porque dicen que son diablos, nada de ángeles enviados por el Señor, sino entes malvados que buscan nuestras almas. Sí, los tenemos más sofisticados.

Hebert se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldar de una silla. Empezó a mirar suspicazmente al español.

—¿Acaso has venido para cubrir la noticia de esa reunión? Porque eres periodista, ¿no? Sigues siéndolo, vamos. Tú fuiste quien estuvo con estos dos en el Complejo —Hebert bajó la voz. Lo que ocurrió hacía casi cinco años era un secreto que guardaban celosamente, sin revelarlo a nadie de la redacción a pesar de que todos gozaban de su confianza—. Me huele que te traes algo entre manos.

Sebastián sonrió nerviosamente y se frotó las manos. Miró a sus amigos y dijo:

—¿Yo? Qué va. Sam puede decirte para qué he venido.

—Hoy en día es difícil entrar en la Unión —gruñó Hebert—. Hacen falta montones de papeles y una garantía de que se viene con dinero, no a mendigar. ¿Posees credenciales?

—Sí, hombre —intervino Sam—. Sebastián no tiene problemas actualmente en su país, ni en éste. Dispone de un permiso de dos meses.

Y a continuación explicó al propietario del Nuevo Tiempo la intención de Gálvez de encontrar el paradero de la madre de uno de los astronautas que partieron a bordo del Vorágine.

—Entiendo —asintió con ambas manos Hebert—. Tu gobierno pretende levantar el patriotismo de tu gente, ¿eh? Sí, debe andar algo bajo después de tantos problemas como tenéis. Un héroe

nacional le serviría de propaganda. ¿Es que pensáis que esos treinta engañados están en un mundo de Centauro sentados y mirando las estrellas, esperando que descienda una nave K?

Sam y Carol se miraron. El primero hizo un gesto significativo a la muchacha para darle a entender que Hebert se estaba pasando de la raya con Sebastián. ¿Qué le pasaba aquella mañana a Melnick para que despotricara tanto? Desde que entró en la redacción se había dado cuenta que tenía un humor pésimo.

—Eso es problema de Gálvez, Hebert —dijo Carol—. Él tiene su trabajo.

—Está bien, chicos —Hebert alzó las manos—. Pero no me gusta nada que anduviera metido con Macombe y sus locos. ¿Por qué ese aspecto tan desaliñado? ¿No dice que salió bien de la reunión? Está como si lo hubieran apaleado.

Sebastián se puso en pie de un salto y sus amigos temieron que se marchara. Pero en vez de esto se plantó delante de Hebert y le dijo con palabras ásperas:

—Sí, me largué ileso de allí, pero en la calle el que se hizo mi amigo no me dejó y ocurrió que antes de que entráramos en un bar un coche patrulla de la Policía frenó a nuestro lado y dos gorilas de uniforme azul se echaron sobre nosotros. Lo reconocieron, ¿sabe? Y nos detuvieron.

—Esto no lo había dicho —dijo Sam—. ¿Qué pasó?

—Me hice el sumiso, pero cuando me iban a meter en el coche propiné un puntapié a uno de los polis y luego peleé con el otro. Mi amigo estaba tan borracho que se quedó dentro, sentado.

—¿Estás loco? —Exclamó Hebert—. No debiste hacer eso. En la comisaría lo hubieras aclarado todo.

Sebastián se rascó el mentón.

—Tal vez. Pero en aquel momento se me ofuscaron las ideas y pensé que siendo un extranjero no me tratarían bien. Lo admito, me asusté. Sigo pensando que hice lo mejor. Salió bien. Me largué y no me reconocieron. Por eso me presenté aquí.

—¿Temes que han estado en tu hotel?

—Oh, no. ¿Cómo iban a saber cuál es?

—De todas formas será mejor que te cambies. Llama por teléfono y di que alguien irá a recoger tu equipaje. Te buscaremos otro de confianza, en donde no te harán preguntas ni tendrás que

rellenar ningún papel para inscribirte.

Hebert había escuchado en silencio, con las manos ahora metidas en los bolsillos. Su gesto agrio era su máscara que le mantenía distante de Sebastián y sus amigos.

—Tened cuidado. Ya tenemos muchos problemas para crearnos más —dijo.

—Diré a Peter que vaya en busca de tu equipaje. ¿Cómo se llama ese hotel, Sebastián?

Gálvez garabateó unas líneas en un papel y lo entregó a la chica junto con un billete de veinte dólares, diciendo:

—Para el taxi. ¿Hay algún inconveniente en dejar aquí mi maleta hasta la tarde? Iré al hotel que me digáis por la noche. Antes quiero intentar de nuevo localizar a ese amigo en Nueva York.

—¿Puedes decirme cómo se llama y quién te lo recomendó? —preguntó Sam distraídamente.

Sebastián se había levantado y parecía que iba a encaminarse hacia el lavabo. Se detuvo un instante para responder:

—Sí, claro. Su nombre es Clive Donovan. César Almanzar me aseguró que me ayudaría en esta condenada ciudad —sonrió—. Claro que entonces no contaba con que te encontraría, Sam. De todas formas quiero verle. Es bueno que a uno le sobren los amigos, ¿no?

Apenas hubo desaparecido por el pasillo que conducía a los lavabos, Hebert salió de su silencio, miró a la pareja y musitó:

—No me gusta vuestro amigo.

Carol puso los brazos en jarra y desafió el furor de su jefe.

—Está fuera de toda sospecha. Si ves en él un espía del CEM, te equivocas. ¿Has olvidado que lo encarcelaron en España por denunciar públicamente los manejos que hacían allí los políticos a costa del cupo asignado a su país por los kherles?

—Demonios, no me refiero a que sea un chivato, sino que su presencia en la Unión es sospechosa —protestó Hebert Melnick—. Creo que miraré por algún sitio donde creo que he leído una vez algo referente a ese confidente suyo llamado Almanzar. Me recuerda un asunto turbio que ocurrió en Europa. Hacedme un favor, preguntadle más acerca de Almanzar, ¿vale?

—¿Qué te pasa esta mañana, compañero? —Sonrió Carol—. No

has dejado ni un instante de tener fruncido el ceño.

—Las noticias no pueden ser peores —rezongó Hebert—. Problemas con el suministro de papel.

—¿Otra vez? —Dijo Sam—. Bueno, eso no es nuevo y siempre lo hemos solucionado.

—Pero ahora será grave. Mis proveedores dicen que tienen los almacenes casi vacíos, que el gobierno no les suministra lo que necesitan.

—Vaya, estás pensando que empiezan a apretarnos las clavijas —susurró Carol.

—Así es. Los periódicos independientes molestamos demasiado. Somos como pulgas que quieren exterminar. Y acabarán consiguiéndolo —Hebert sacudió la cabeza—. No disponemos de dinero para salvar la situación, como hemos hecho otras veces, acudiendo al mercado negro y pagando el papel a tres veces su valor oficial.

—¿Para cuántos días tenemos?

—Escasamente una semana.

Sam entornó los ojos.

—Y será para entonces, más o menos, cuando se celebre esa célebre reunión de líderes, según los rumores. Pero no nos silenciarán, ¿verdad?

—Lo intentaremos —Melnick se levantó, echó una mirada al pasillo que llevaba a los lavabos y añadió antes de ir a su despacho —. Creedme, tened vigilado a vuestro amigo. Ése busca algo.

—Un reportaje —sonrió Carol.

—¿Te lo has creído? Qué ilusa.

—Tiene los papeles en regla —intervino Sam—. Tal vez tenga incluso la suerte de entrar en la
ONU
el día de la inauguración.

—¿Bromeas?

Hebert sacudió una mano como si quisiera espantar una mosca impertinente y se retiró.

Carol lanzó un suspiro cuando miró su reloj.

—Me muero de ganas de tomar un buen desayuno, cariño. Son las nueve y todavía no hemos decidido nada respecto a la nueva serie.

—Invitaré a Sebastián y entre todos lo decidiremos —Sam ladeó levemente la cabeza y preguntó lleno de burla—: ¿Tú crees que a Sebastián le importaría que usáramos su material?

—Oh, no. Olvida el tema del Vorágine.

—Pero ahora tendríamos un testimonio, el de la madre de ese fulano. Por cierto, ¿no sabemos aún como se llama?

—Pregúntaselo a Sebastián. Ahí viene.

Gálvez caminaba hacia ellos y se iba arreglando su traje. Se había peinado y sonreía de manera que a Carol le recordó el Sebastián que estuvo con ellos en Australia y en el Complejo, dentro del Núcleo y delante de los seres de Kherle.

—Os invito a un café y a lo que queráis —dijo el español.

—Estupendo —dijo Carol—. Cojo mi bolso y os sigo. Me muero de hambre.

—¿Siempre está con tan buen humor vuestro jefe? —preguntó Gálvez señalando con un gesto la cerrada puerta del despacho.

—Tiene preocupaciones —explicó Sam—. Dime, ¿ese Donovan te llevará ante la madre del astronauta o necesitarás nuestra ayuda?

Sebastián se puso entre sus amigos, los tomó del brazo y se dirigieron a la salida de la redacción en cuya puerta íbase agolpando un gran número de gente que se iba llenando de gente.

—Confío en que me dirá dónde puedo encontrarla, si es que aún vive y continúa en Nueva York. Pero no os preocupéis. Si me hiciera falta vuestra colaboración os la pediría.

—Estoy pensando que podrías darme algunos detalles. Quizá nosotros encontráramos algo interesante en esa historia. Si no te importara la publicaríamos dándole un enfoque distinto al que tú harías en España.

—¡Claro que no me importa! Os daré todos los detalles cuando los tenga.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué?

Carol apretó el botón del ascensor, se volvió y dijo a Gálvez mirándole a los ojos fijamente.

—Sam quiere saber el nombre de tu compatriota que se esfumó a bordo del Vorágine.

—Ya —sonrió Sebastián—. Siles. Sí, Darío Siles.

—Uno entre treinta. Cada hombre podría ser una historia —dijo

Sam.

—Pero a mi gente sólo le interesaría uno.

—De todas formas se olvidará de él al día siguiente de leer tu artículo o ver el reportaje en televisión con la patética entrevista a una anciana que perdió a su único hijo en el espacio —dijo Carol.

—Sí —respondió Gálvez quedamente—. Es curioso que nadie pidiera un monumento para ese grupo. El recuerdo de todos ellos se perderá irremediablemente, excepto en las enciclopedias.

4

En el parque central había bastante público a pesar de que los oscuros nubarrones en el cielo presagiaban lluvia. Hacía frío y corría un aire desagradable.

Carol y Sam habían decidido finalmente cuál sería el tema de su nueva serie. Eligieron algo que no les satisfacía plenamente, pero en cambio sí gustó a Hebert Melnick y la primera entrega se publicó el día anterior.

—Lo liquidaremos lo antes posible —dijo Carol. Tenía en una mano una hamburguesa envuelta en un papel y en la otra un vaso de plástico con un refresco de naranja que lo encontraba demasiado insípido.

—¿Qué dices? —preguntó Sam después de dar un mordisco a su bocadillo de salami.

—Que la serie la terminaremos antes de lo previsto. Mañana mismo. El asunto del suicidio colectivo de fanáticos, aunque haya sido en un país tan civilizado como Suecia, no interesa a nadie.

—Sin embargo yo pensé que le sacaríamos su jugo hasta el sábado.

—¿De veras lo piensas?

Sam dijo que no y añadió de malhumor:

—No. Este trabajo me está fastidiando.

Carol sonrió. Durante un rato siguió caminando a su lado. De vez en cuando daba un pequeño bocado a la hamburguesa.

—Echas de menos las cámaras —dijo suavemente.

—¿Cómo?

—¿Qué te pasa? Estás distraído toda la mañana.

—Lo siento. Estaba pensando en un montón de cosas.

—Te decía que ser periodista no te complace.

—Es posible. Cuando empezamos me imaginaba que todo sería diferente, mucho más dinámico. Era más feliz incluso en aquella

pequeña estación de televisión que dirigía Winston Colbert con tanta valentía. Murió en ella, mirando unas cámaras automáticas que no transmitían. Supongo que dejó este mundo sintiéndose feliz, pensando que estaba conmoviendo a millones de seres con sus palabras.

Cansado de su bocadillo, Sam lo arrojó a una papelera. Carol lo miró con censura.

—En muchos sitios se arrojarían sobre lo que tú acabas de tirar.

—Lo sé. ¿Qué quieres que haga? Eso sabe a basura.

Encontraron un banco vacío y se sentaron. Cerca había un grupo de niños que jugaban, y más allá un tenderete repleto de golosinas y juguetes. Sam se quedó mirándolo.

—Ese tipo vende muñecos que representan a los kherles, pero parece que esa clase de mercancía ya no interesa a nadie.

—El otro día vi en un escaparate un muñeco de ésos, pero algo especial. Si le apretabas la barriga te mostraba un pene descomunal. Los hacen como esos frailes que en otros tiempos eran fabricados para escándalo de los puritanos.

Carol no terminó su hamburguesa. Dejó el resto sobre el banco y se arrimó más a Sam. Dijo que tenía algo de frío, pero se encontraba bien allí. El parque central seguía siendo un lugar acogedor hasta que oscurecía. Entonces resultaba muy peligroso andar por aquel sitio. Ni la Policía se atrevía a adentrarse en él.

—Mañana concluiremos la serie y pasado empezaremos otra —dijo Sam al cabo de un rato de silencio.

—Está bien. Se me ocurre… Sam, a una amiga mía la han llamado para la nave
K-27
.

—¿La que está previsto que parta dentro de dos meses?

—Sí, la misma. Antes de dos semanas tiene que presentarse a uno de esos campamentos donde dan un cursillo a los colonos.

—¿Es soltera?

—Divorciada. ¿Por qué lo preguntas? Te hablo de ella porque estoy pensando que yo podría entrevistarla para conocer su estado de ánimo.

—Por Dios, cariño, eso se ha hecho miles de veces, en las revistas, los periódicos, la radio y la televisión.

Carol desvió la mirada de él y fingió interesarse por el vigoroso pedaleo que daba una niña a su bicicleta.

—Es que… Bueno, ella tiene que decidir si irá o no.

—Si tiene algún hijo no existe ningún problema; se lo admitirán. Hay ciertas plazas para ellos… Además, debía saber las normas. ¿Qué le pasa? ¿Tiene más de un crío?

—Ninguno. Mi amiga presentó su solicitud hace dos años, apenas obtuvo el divorcio, pero después de eso conoció a un hombre, se enamoraron y…

Sam asintió con la cabeza. De pronto se puso muy serio.

—Comprendo. Su compañero no ha tenido tanta suerte, ¿verdad? ¿Es que no se inscribieron juntos, rellenando la cláusula para parejas?

—Ella se olvidó de notificarlo en el plazo previsto. Sí renuncia porque su amigo no puede irse también perderá la oportunidad. Dicen que la
K-27
irá a un planeta de Fomalhaut, un lugar delicioso según indican las parcas informaciones que suministran los kherles.

—A veces se inscribe una pareja y sólo es admitido uno de sus miembros. Está ocurriendo. Carol, ¿qué haríamos si uno de nosotros no fuera llamado y el otro recibiera la citación para marchar al Complejo?

Carol se mordió los labios.

A los pocos meses de haber estado a bordo de la
K-1
los dos se inscribieron en las listas de voluntarios y superaron todas las formalidades.

Desde entonces habían pasado más de cuatro años y ya empezaban a perder la esperanza de ser elegidos.

Siempre recelaban del equipo seleccionador, a pesar de que los trámites parecían seguir siendo legales y apenas existía corrupción en el tratamiento que se daba a los cientos de miles de voluntarios.

—Dejemos la decisión para cuando llegue el momento —dijo ella. Se incorporó y se alzó el cuello del abrigo—. Hace más frío.

Sam la tomó del brazo y caminaron por el sendero.

—De todas formas son millones los que están en la lista de espera y apenas llegan a diez naves las que están dispuestas cada

año. Es más difícil que acertar en las carreras —dijo Carol, tratando de sonreír y de que sus palabras sonaran intrascendentes.

—Te confieso que es un asunto que he olvidado.

Me he hecho a la idea de permanecer en este condenado mundo que, al fin y al cabo, no es tan malo como a veces pensamos. Quizá mejore con el tiempo. Podemos mejorarlo, demonios. Las guerras actuales no pasan de ser unas escaramuzas y la crisis, a base de sobrellevarla, se está haciendo tan normal que ya no sabríamos vivir sin problemas de todas clases.

Mientras hablaba, Sam observaba a Carol de reojo. Ella caminaba muy seria, la notaba tensa a su vera. Tal vez interpretaba sus palabras más allá de lo que él pretendía. Posiblemente se imaginaba que él la estaba reprochando que continuara con su terquedad de no tener ningún hijo.

Carol le dijo una vez que no deseaba tener familia en un mundo que la horrorizaba, y lo afirmó pensando en emigrar a otro donde el futuro les resultara prometedor y no cargado de un funesto porvenir.

—¿Qué sabes de Sebastián? —preguntó ella con voz nerviosa.

Sam comprendió que trataba de cambiar de conversación.

—Hace dos días que no lo veo. La última vez que hablé con él fue por teléfono. Me llamó desde su hotel, a punto de correr a una cita que tenía concertada con ese amigo suyo que está ayudándole a buscar a la madre de Siles.

Carol miró la hora.

—Si nos damos prisa todavía encontraremos a Hebert en la redacción.

—Nosotros no tenemos que ir hasta dentro de dos horas.

—Nuestro amadísimo jefe me contó esta mañana, muy irónico él, que tenía algo que decirnos respecto a Sebastián. Ya sabes que no le cayó bien desde el primer momento.

Estaban saliendo del parque y Sam pensaba si debían tomar un taxi, lo que significaba desequilibrar su presupuesto para la semana, o arriesgarse a bajar al metro a una hora donde el público lo llenaría todo. Prefería los autobuses aunque fueran más lentos.

—Dame una razón para gastarnos diez dólares en un taxi.

—Sam, si no te pica la curiosidad lo dejaremos para mañana.

—Puedo llamar a Hebert por teléfono y pedirle que me diga lo

que sea. Así iremos tranquilos y no nos importará que él no esté en la redacción cuando lleguemos.

—Puedo adivinar fácilmente que cuanto quiere comunicarnos no es para que se diga por teléfono. Olvídalo y empecemos a subirnos a los autobuses. Llegaremos al trabajo dentro de una hora.

—Condenación, has conseguido ponerme en ascuas. Lo peor es que Hebert se ausentará de Nueva York durante tres días. Tiene que ir a Chicago para conseguir papel prensa donde sea y al precio que le pidan o nos quedaremos cruzados de brazos.

Sam se acercó al bordillo de la acera y levantó un brazo. Tuvieron suerte. Un taxi frenó a los pocos segundos junto a ellos. El taxista les abrió la puerta y les dijo por el comunicador desde su asiento protegido con cristal a prueba de balas y otros medios defensivos:

—Si van hacia el Oeste les llevo.

—¿De recogida? —preguntó Carol después de darle la dirección del periódico que, afortunadamente, coincidía con la ruta que aquel hombre deseaba tomar.

—Desde luego. Dentro de poco anochecerá y mi coche y yo no tenemos seguro nocturno.

Bajó la bandera del taxímetro y los dígitos que aparecieron marcando tres dólares hicieron que Sam frunciera el ceño y comentara:

—Si es una tontería lo que va a decirnos Hebert le retorceré la nariz hasta que me pague esta carrera, cariño.

5

Ann Maycooper entró en el amplio despacho, lujoso y forrado de maderas nobles, y se dirigió al hombre que se encontraba inclinado sobre una mesa en la que había una maqueta del edificio de las Naciones Unidas.

Percival O'Hara, un hombre alto y delgado, de cabellos grises que pronto serían totalmente blancos, se enderezó y se dejó besar en las mejillas por la mujer.

—Te veo muy contenta. Tus ojos tienen extrañas luces que me hacen pensar que todo marcha estupendamente —dijo él.

Ann se despojó del abrigo y lo arrojó a un butacón. Miró un instante por la ventana. Pronto sería de noche. Desde aquel piso, el último de un moderno rascacielos, se tenía la sensación de tener la ciudad a sus pies. En realidad, desde allí se gobernaba el mundo entero.

—Tengo motivos para sentirme satisfecha, cariño —se acercó a la mesa—. Veo que has leído los informes. ¿Qué te parecen los dispositivos de seguridad de Gordon?

—Debo admitir que ha hecho un buen trabajo. Teóricamente todo es perfecto. Me pregunto qué pasaría dentro de cinco días, cuando se celebre la reunión, si nuestro eficiente agente de seguridad hubiera podido rastrear el edificio unos días antes de ordenarle que se hiciera cargo de la protección de nuestro Presidente y sus ilustres invitados.

Ann se echó a reír.

—¿Bromeas? —preguntó—. ¿Quieres una copa?

—Sí, gracias. ¿Dispusiste que las agencias enviaran esta tarde a los medios de comunicación la convocatoria oficial de la reunión?

Ella regresaba con dos vasos, entregó uno a Percival y dijo:

—Por supuesto. Todos los periódicos publicarán mañana la noticia y esta misma noche, a última hora, las cadenas de televisión

anunciarán que nuestro Presidente va a dirigirse a los líderes mundiales, a todos, por muy modestos que sean. Los incrédulos se imaginarán que el rumoreado golpe de timón está a punto de producirse y saltarán de gozo.

—En cambio los calculadores se quedarán fríos y no se inmutarán —sonrió Percival tomando el vaso donde bailaban varios cubos de hielo en *whisky*.

—Pero muchos empezarán a sudar y mancharán sus camisas de seda…, hasta que se convenzan de que no pasa nada, y vuelvan a respirar tranquilos.

El hombre asintió. Con el vaso en una mano empezó a caminar lentamente alrededor de la mesa, sin dejar de mirar la maqueta.

—Es un bonito edificio. Afortunadamente no llegó a destinarse a otro uso cuando se acabó las Naciones Unidas. Pero dentro de cinco días volverán a flamear las alegres banderas de todos los países, como en los viejos tiempos. —Se detuvo y se acomodó en el mismo butacón en cuyo respaldar estaba el abrigo de Ann—. ¿Te he contado que yo asistí a sus últimas asambleas?

—Sí, claro.

—Nuestro viejo Presidente sufre una hermosa locura, pero locura al fin y al cabo. Es curioso que él mismo busque su propia defenestración. Congresistas y senadores, eso es cierto, estarán tan confundidos que no sabrán reaccionar y votarán su propio fin. A veces la gente busca con ahínco su suicidio, tal vez llevada por un oculto sentimiento de autodestrucción.

—¿El Comité ha cambiado de opinión desde la última sesión?

—¿Por qué lo preguntas? Sabes que no, cariño.

—No sé. Tú sabes manejarlos, pero a veces temo que alguno levante la voz más de lo debido.

—Son de fiar. Me tienen gran confianza.

—Pero hay de todos los países, ¿no? Alguno podría desmandarse, quizá llevado por un atávico sentimiento patriótico con su lugar de origen.

O’Hara se echó a reír.

Ella compuso un gesto hosco.

—No debías tomártelo a broma. En todas partes existe un judas, lo sabes.

—Pero no en el Comité. Nos une el poder, el dinero. Nosotros

estamos por encima del boato y la representación oficial. Somos más fuertes y nos conformamos con saber que detrás de cada mandatario de cualquier nación hay uno de nosotros a quien obedece ese fantoche, ese hombre de paja. Siempre ha sido así y ahora más que nunca —Percival se encogió de hombros—. En cuanto a lo que dices de que siempre hay un judas… Sí, tienes razón, pero ese elemento perturbador se convierte en beneficioso para nuestra causa cuando es debidamente controlado.

Ann se sentó delante de Percival y cruzó sus bonitas piernas. El hombre entornó los ojos y se las admiró en silencio.

—He necesitado cuatro años para descubrir al traidor, Percival. Llevo todo ese tiempo queriendo escupirle a la cara su traición. No veo el momento en que me dejes hacerlo.

—Será pronto, pequeña —sonrió el director del CEM—. Sólo cinco días. ¿No puedes esperar cinco días? Ya ves que nuestra paciencia ha tenido su recompensa. Está demostrado que un espía o un traidor, una vez descubierto, a veces es mejor dejarlo suelto. Sin quererlo se convierte en nuestro colaborador, y gratuito encima.

Ella lanzó un suspiro, y tras beber un sorbo, dijo:

—Mataremos muchos pájaros de un solo tiro, pero las presas más importantes serán dos. —Dejó el vaso en una mesita cercana y alzó un dedo—. Primero, ese estúpido que fue el culpable de que uno o varios infiltrados entre los informadores previnieran a los kherles de las manipulaciones que hacíamos entonces. Como jefe segundo de seguridad dejó mucho que desear.

Percival soltó una carcajada.

—Pobre Gordon —dijo cuando acabó de reír—. Durante estos años ha vegetado en oficinas sin importancia del CEM, rumiando su desgracia, viendo que su carrera no prosperaba. Ciertamente es estúpido. ¿Cómo no se extrañó de pronto lo sacamos de su cuchitril y le repusimos, incluso ascendido, en su antiguo cargo en la seguridad?

—Eso corrobora que no merece nuestra confianza. Como bien has dicho, es idiota. Y me odia.

—La verdad es que te envidia…, y te desea.

Ann sonrió halagada.

—Es posible —admitió—. Tengo entendido que es un sádico. Me llevaría a la cama y luego me azotaría. Es una satisfacción saber dónde estará esa mañana, dentro de cinco días. Nos ahorraremos ver su cara cuando comprenda que nos hemos servido de él.

—Ventajas de saber esperar, cariño. Antes de tirar la basura conviene mirarla por si dentro hay algo que pueda servirnos.

—Dos —Ann alzó otro dedo—. El traidor. Ése vivirá para pagar sus culpas.

Percival abrió los brazos y miró al techo.

—Por nada del mundo me gustaría estar dentro de su pellejo. ¡Pobre Soames Hill!

6

Aunque no había mucha gente en la redacción a aquella hora, como todas las tardes, Hebert hizo entrar a Carol y Sam en su despacho apenas los viera llegar y cerró con llave.

Sam ladeó la cabeza y comentó irónicamente:

—Estás actuando como un conspirador.

Hebert dio la vuelta a su mesa en completo desorden y se derrumbó en la silla giratoria.

—Otros son los conspiradores, amigos. Sentaos. Ya iba a marcharme —miró su reloj—. Mi avión parte dentro de una hora y quince minutos. Por lo tanto no tengo mucho tiempo.

—Me ha costado once pavos —dijo Sam—. Espero que haber llegado a tiempo valga ese dinero.

—Según como tú valores tu amistad con Sebastián.

—Vamos, apremia —dijo Carol—. No queremos que pierdas ese avión. Necesitamos el papel urgentemente.

Hebert encendió un cigarrillo, y mientras lo hacía Sam lo contempló. Ya no sabía lo que quedaba de aquel hombre que una noche les dijo que había que seguir luchando por la libertad de expresión y pensaba gastarse hasta el último céntimo de sus ahorros adquiriendo un periódico de segunda fila, desde el cual continuar denunciando el creciente poder del CEM y el deterioro de la democracia en la Unión Americana.

Habían pasado los momentos de euforia y ahora Hebert cuidaba su periódico con suma delicadeza. Era su negocio, decía una y otra vez, y resultaba lógico que él tuviera que prevenirles de que no se podía forzar demasiado la máquina de la denuncia.

Sam cruzó los brazos y dirigió una mirada a Carol, a quien veía nerviosa. Hebert encendió un cigarrillo y empezó a hablar:

—Tengo amistades en la oficina de inmigración y en otras

partes.

—Lo sabemos —sonrió Sam—. Sigue.

—No me interrumpas. He pedido a esos amigos que me hagan un favor. No deseo que mis colaboradores anden por ahí con gente peligrosa.

—¿Gálvez es un peligro?

—¡Claro que sí! Su documentación es falsa, y su visado. Ha entrado en el país ilegalmente. Por eso, después de asistir a la reunión convocada por Macombe, peleó para que no le llevaran a una comisaría. Allí se hubiera descubierto la superchería.

—¿Cómo sabes eso?

—El funcionario de aduanas está en la cárcel, pero algo raro ocurre y no es interrogado. Sus jefes repasaron las listas de turistas y encontraron varias anomalías. Han entrado unas doce o quince personas procedentes de Europa que no obtuvieron el visado legalmente, sino que fueron falsificados por empleados de las embajadas de la Unión a cambio de fuertes sumas de dinero.

—¿Y dices que el asunto está parado?

—Sí. Alguien lo ha hecho. Además, sé que Gálvez no se encontró con un adieto de Macombe que lo llevó a la reunión secreta. Ese cuento nunca me lo creí. Es muy difícil contactar con Macombe.

—¿Por qué nos lo contó? Sebastián pudo haberse callado esa historia. No tenía necesidad de dar una falsa versión.

—Tenía que justificar su mal aspecto y el haber venido aquí a esconderse. Sabía que vosotros le buscaríais otro hotel donde sentirse seguro hasta que acabara entrevistándose con ese hombre llamado Clive Donovan. Por cierto, Donovan está fichado como agitador por la Policía. Hace tiempo estuvo en la cárcel por haber participado en las manifestaciones del ocho que exigían la vuelta a las elecciones directas.

Aturdido por cuanto escuchaba, Sam contó a Hebert que las últimas noticias que tenía de Sebastián eran de dos días antes, cuando le dijo por teléfono que iba a ver a Donovan.

—Es un cuento, una mentira, su trabajo periodístico. No tiene la menor intención de encontrar a la madre de un astronauta. Además, sabemos que ella murió hace casi veinte años. No existe.

—¿Estás seguro?

—Desde luego —asintió Hebert con un vigoroso asentimiento de

cabeza—. Quiero que os libréis de él, que no volváis a verle más. Por supuesto no deseo que ponga los pies en esta casa o nos veremos metidos en problemas.

—Eres otro, Hebert —musitó Carol.

—Soy el de siempre.

—En eso tiene razón —masculló Sam—. Nuestro amigo Hebert es el de siempre. Por un corto espacio de tiempo pensamos que había cambiado y ya no era el hombre miedoso que conocimos en la estación de televisión y nos dijo que quería combatir esta maldita suciedad que nos rodea y nos ahoga más cada día.

Hebert se sonrojó y crispó los puños.

—Os hago un favor. Olvidaos de Gálvez.

—Ese hombre corrió el mismo riesgo que nosotros en el Complejo —dijo Carol—. Y cuando tú conociste la historia aseguraste que era lamentable que no pudiéramos publicarla.

—No teníamos periódico entonces, ¿no?

—Por eso lo dijiste —sonrió Sam tristemente—. Cuando compraste éste unos meses después y te lo recordamos te limitaste a responder que había pasado mucho tiempo y carecíamos de pruebas, y que además la selección de colonos se hacía con toda pulcritud.

Hebert miró otra vez su reloj.

—Tengo que irme.

—¿Algo más?

—Sí. Lo más importante. Sam, hay una conspiración. Han venido terroristas de Europa. Y Gálvez es uno de ellos, claro.

—No te lo tomes a broma. Es un terrorista.

—¿Qué quieren? ¿Dinamitar la estatua de la libertad?

—Mirad —Hebert les tendió un recorte de teletipo—. Lo he recibido hace poco, y esto confirma mis sospechas de que se está preparando algo muy gordo para dentro de cinco días. Los terroristas europeos van a trabajar estrechamente con los fanáticos de Macombe. Mientras los Hijos de las Estrellas promueven disturbios, incendian y causan el terror, ellos van a actuar contra el Presidente Mulligan y los Jefes de Estado que vendrán.

Sam y Carol leyeron el comunicado de agencia procedente de la Casa Blanca y luego miraron a Hebert.

—¿Qué se propone Mulligan? —preguntó Sam.

—¿Os cuesta adivinarlo? Es bien sencillo. Lo que sea, que por supuesto ignoro, no puede ser de plena satisfacción en Europa. Obviamente, muchos Jefes de Estado conocían esta reunión antes de que se hiciera pública. Ha debido haber filtraciones y éstas han llegado hasta círculos clandestinos, terroristas o patriotas como se llamarán ellos mismos. Y se ha iniciado el complot.

—No creo que Mulligan dé otra vuelta al tornillo y apriete más al resto del mundo. Ya están las cosas mal, demasiado mal.

—Pero el proyecto Kherle es capaz de devorar mucho más. Una gran parte de nuestros recursos, los de la Tierra, vuelan diariamente a la Luna, al Complejo.

—Mulligan… —empezó a decir Carol.

Hebert la interrumpió con un gesto y tomó su abrigo de una percha.

—Espera. No sé lo que piensa Mulligan, pero lo deben saber los promotores de la conspiración. Han enviado sus agentes para que actúen. ¿Una acción de protesta? No lo creo. Será algo peor. Apretarán el gatillo. Buscarán la cabeza de Mulligan porque intuyen o saben que el Presidente no sacrificará su pueblo, sino que obligará a que los demás países sean los que se aprieten el cinto.

—Estás imaginando cosas, Hebert…

—¿De veras? Ojalá fuera así. Si yo pudiera advertir de esto sin involucrarme…

Sam asintió. Creía a Hebert. Él haría cualquier cosa sin comprometerse. Pero si había que arriesgar lo más mínimo no movería un solo dedo.

—No puedo creerlo —dijo, de repente con mucha convicción en que Hebert fantaseaba.

—¿Por qué? Dime, vamos. Me quedan un par de minutos para escucharte.

—Necesitaría muchos más —Sam le agitó un dedo a su amigo delante de los ojos—. Tus confidentes te han confundido. Sí, eso es. Es posible que Sebastián haya entrado en la Unión bajo un pretexto falso y amparado por visados ilegales. Pero no lo creo un asesino, un magnicida en potencia. Oh, es absurdo. ¿Cómo se acercará a quien tiene en mente matar? ¿Quién es su víctima?

Hebert terminó de ponerse el abrigo y entreabrió la puerta.

—¿Sabes quién es el jefe de Sebastián? Pues César Almanzar, el

líder en su país que sueña con restaurar las libertades, ese viejo loco que pretende combatir con métodos pasados de moda al CEM, expulsar a todos sus ejecutivos y rehacer la economía que anda por los suelos. El típico Quijote.

—¡Pero tiene que haber detrás una organización poderosa, con medios suficientes para haber comprado tantos favores y pagar a la gente! Hebert, ¿qué hemos sabido nosotros de esa reunión? La han llevado casi en secreto. Es imposible que se haya conocido con tanta anticipación por los conspiradores.

Carol agarró un brazo de Hebert.

—Sam tiene razón. ¿Y tú? No has podido conformar todo cuanto nos has dicho únicamente con unos datos de tus confidentes.

Hebert asintió.

—Es cierto. He hablado con Soames.

Sam avanzó un paso y Carol soltó el brazo de Hebert.

—Acordamos que Soames no volvería a meterse en jaleos. Su posición en CEM durante los últimos meses nos preocupaba. ¿Por qué lo llamaste?

Hebert terminó de abrir la puerta. Se aseguró que el redactor más cercano no podría oírle y dijo en voz baja:

—Soames conoce desde hace tiempo a Almanzar, así como a otros como él en Europa. No fue muy locuaz conmigo, pero lo que pude sacarle fue para mí más que suficiente para llegar a la conclusión de que la presencia en Nueva York de ciertos personajes venidos del viejo continente no te sorprende lo más mínimo.

Se alzó de hombros y añadió:

—Lo siento, Llegaré al aeropuerto con el tiempo justo.

7

—El Jefe de redacción, cuando vio que se marchaban, les dijo:

—A Hebert no le gustará que os larguéis sin haberme entregado vuestro trabajo. —El hombre, pequeño y barrigudo, anduvo hasta ellos y se les plantó delante con gesto iracundo—. Además, ¿a dónde pensáis ir a estas horas?

Sam consultó con la mirada a Carol y ella acabó asintiendo y dijo con media sonrisa en sus labios cansados:

—Está bien, cariño. Vete tú. Yo terminaré el maldito artículo. En realidad no tengo más que pasarlo en limpio.

Sam pensó que un hombre solo siempre podía moverse con más libertad por las calles de Nueva York de madrugada. No se trataba de volver a su apartamento por una ruta bastante segura y conocida, sino que para llegar hasta el barrio donde vivía Soames tenía que atravesar otros considerados como peligrosos y en los que la Policía prefería no hacer acto de presencia.

—Lo siento, pero están así las cosas —gruñó el jefe de redacción regresando a su mesa sin prestar más atención a la pareja.

Carol ayudó a Sam a ponerse la gabardina y le besó.

—Ten cuidado. Preferiría que lo dejáramos para mañana.

—Por Hebert sabemos que Soames está en Nueva York. Quién sabe dónde pueda estar mañana.

Sam le sonrió y corrió hacia el ascensor. Mientras descendía a la planta baja no dejaba de pensar en las palabras de Hebert, y se preguntaba una y otra vez si no sería más prudente olvidarse de todo y esperar los acontecimientos tranquilamente. Pero adoptar la misma postura que Hebert se le antojaba repugnante.

Encontró a Peter Losada en la puerta. Estaba solo y se sorprendió un poco al verle aparecer sin Carol y a aquella hora.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Mientras echaba una mirada a la calle desierta, Sam explicó que

Carol se tenía que quedar arriba terminando un trabajo para que él pudiera ir a cierta parte de la ciudad. Dijo cuál era el distrito y Peter lanzó un silbido.

—Tendrás que tomar un taxi, y ya sabes lo que cobran a estas horas.

—Pues no puedo permitirme ese lujo. Utilizaré el metro.

—Estás loco.

Sam miró por la ventana que había a su izquierda. Cole, el otro vigilante, dormitaba inclinado sobre una mesa. Al volverse vio que Peter le tendía un revólver.

—Tómalo.

—No me gustan las armas.

Sam contempló aquélla. Era un revólver nuevo, del calibre 38.

—Pero sabes disparar, ¿no? Y en todo caso te puede servir para intimidar a un atracador si va armado con una navaja y no lo tienes muy cerca de ti. Anda, hombre. Lo compré esta mañana.

Sam comprobó que el tambor estaba cargado.

—Con balas explosivas —explicó Peter—. Si tienes que darle a alguien es mejor que lo dejes tirado en el suelo para siempre. Ten estas otras —añadió entregándole una cajita de cartón con una docena.

—Gracias —replicó guardándose el revólver en el bolsillo interior de la chaqueta.

Peter le abrió la puerta y salió a la calle. Caminó deprisa en dirección a la boca del metro más próxima. En la primera esquina a su derecha vio las luces rojas y azules de coche patrulla de la Policía.

Cuando Sam empezó a bajar los escalones el coche se puso en marcha y desapareció despacio.

Se sintió un poco desvalido cuando entró en el vestíbulo. Se cruzó con varias personas que andaban con pasos presurosos, algunas le miraban de soslayo. Captó el temor en todos. Más adelante, cerca de la estación, escuchó risas y voces fuertes. Algunos jóvenes aparecieron por el recodo del túnel. Vestían cazadoras de cuero y varios llevaban botellas en las manos. Pasaron por su lado y uno de ellos le empujó. Sam no les prestó atención y siguió adelante sin volver la cabeza.

En el andén había como siete u ocho personas. Un viejo dormía

en un banco y un jovenzuelo vomitaba en un rincón. Dos mujeres mayores se mantenían apartadas de todos y no paraban de lanzar miradas recelosas.

El chico dejó de vomitar, se limpió la boca con el dorso de la mano y fue tambaleante hacia la salida. También llevaba una botella que agitó un momento antes de beber de ella. Luego la arrojó a las vías.

Cinco minutos más tarde apareció un tren y Sam abordó el vagón que se detuvo más cerca de él. Los pasajeros que había dentro le escrutaron durante unos segundos, hasta que se sentó y entonces, pensando que no les causaría problemas, se despreocuparon de él y volvieron sus miradas al suelo o a los empañados cristales.

Sam necesitó casi media hora y tres transbordos para llegar a su destino. Cuando de nuevo salió a la calle notó que hacía más frío. Por aquel sector la suciedad no era tan ostensible como en otras partes. Apareció un coche patrulla que aminoró la marcha al verle y estuvo siguiéndole durante un instante, vigilándole sus ocupantes.

El coche acabó rebasándole y se perdió por la siguiente esquina.

Sam encontró la calle al cabo de un rato y se detuvo delante de un edificio de doce plantas, y ante su entrada cerrada quedose un instante inmóvil. El vestíbulo estaba a oscuras y por primera vez se preguntó sí había hecho lo correcto yendo hasta allí pasada la medianoche.

El frenazo de un coche le hizo volver la cabeza y vio que el coche patrulla se había detenido a pocos metros de él. De su interior salió un policía con la mano derecha acariciando la culata de su revólver. Sabía que su compañero estaba dentro apuntándole con una escopeta.

—¿Qué busca? —preguntó el policía deteniéndose a tres pasos de él—. ¿Vive aquí?

Sam sacó despacio las manos de los bolsillos y procuró que los otros las vieran. Negó con la cabeza y dijo:

—No. Voy a visitar a un amigo.

—¿A estas horas? —El policía sacó su revólver.

—Sí. Señaló el edificio de doce plantas y añadió: —Vive ahí.

—¿Su nombre?

—Soames Hill. —Pensó que un dato más tranquilizaría al

polizonte y no dudó en agregar—: Es un ejecutivo del CEM. Si se molesta en ver las placas de los vecinos verá que vive en el décimo piso.

El policía retrocedió de espaldas y se inclinó para hablar con su compañero.

—Está bien, amigo —dijo guardándose el revólver—. Vaya hasta el portal y llámele.

Sam asintió y caminó hasta la entrada del edificio. Buscó en el tablero las iniciales de Soames y pulsó el timbre. En vez de oír la voz de su amigo por el interfono vio que se encendían las luces del vestíbulo y aparecía un guardia armado con un rifle.

—¿Qué desea? —escuchó que le preguntaba a través de un comunicador cuando se acercó hasta la puerta acristalada. La presencia del coche de la Policía al otro lado de la calle parecía haberle tranquilizado.

Sam se lo dijo y el vigilante le pidió que esperase un momento. Regresó después de unos minutos y le abrió la puerta, diciéndole mientras se apartaba para dejarle paso:

—El señor Hill estaba durmiendo, pero le recibirá, —miró a la patrulla que en aquel momento empezaba a alejarse—. ¿Algún problema?

—No, ninguno. Este barrio está muy bien protegido, ¿eh?

El vigilante sonrió de oreja a oreja, al parecer muy orgulloso.

—Tenemos uno de los índices de delincuencia más bajos de la ciudad, señor. ¿Quiere que le acompañe?

—No es preciso. Gracias por todo.

—¿Estará mucho tiempo?

—Supongo que no. ¿Debo llamarle cuando me marche?

—Si me promete que cerrará bien al salir, no. De todas formas yo le estaré vigilando por el monitor.

Sam asintió y entró en el ascensor. En el pasillo del piso décimo le esperaba Soames delante de la entrada de su apartamento. Vestía un batín y tenía el pelo revuelto.

—Sam, esto sería una sorpresa para mí si Hebert no me hubiera llamado hoy.

—Lamento haberte despertado.

—No importa. Entra.

Soames cerró la puerta y encendió más luces del salón.

—¿Una copa? —preguntó.

—Sí, me sentará bien. Hace frío esta noche.

—Lo que haya contado Hebert ha debido preocuparte tanto que no has podido esperar hasta que amaneciera, ¿verdad?

Sam tomó el vaso con *whisky* y asintió después de beber un buen trago. Se sentó y resopló.

—¿Algún problema para venir hasta aquí? —preguntó Soames.

—Ninguno; he tenido suerte. No aconsejo a nadie que use el metro a estas horas.

—¿Qué te preocupa?

—¿Qué está pasando, Soames? Hebert me contó una historia llena de terroristas y atentados.

—Ha debido sacar sus propias conclusiones —sonrió Soames—. La verdad es que yo sólo le dije que hace cinco años César Almanzar se ocupó de sacar a Sebastián Gálvez del problema en que se había metido a raíz de su estancia en el Complejo. Por aquel entonces el viejo César tenía influencias y no le costó mucho, e incluso consiguió un trabajo a Sebastián en una agencia de información de su gobierno, algo relacionado con la prensa oficial y la televisión, creo.

—¿De qué conoces a ese Almanzar?

—Mi padre me habló de él, y una vez que estuve en Europa le conocí. Es un buen tipo, aunque algo nervioso, y esos nervios le impulsan a cometer equivocaciones a menudo.

Sam movió la cabeza.

—No debiste ser tan explícito con Hebert por teléfono.

—¿Crees que me controlan? —sonrió Soames.

—Sí. Te has arriesgado mucho por nosotros, facilitándonos informes.

—Pero desde hace más de un año no lo hago.

—Porque sospechabas que te vigilaban.

—Bah, eso fue debido a una crisis interna en el Comité. Desde que Ann Maycooper se hizo amiga íntima del viejo O'Hara se empezó a ver espías y traidores por todas partes, pero la caza de brujas no duró mucho y apenas cayeron algunos pobres diablos.

—Tú conocerías la presencia de Gálvez y otros como él en el

país.

—No lo sabía, pero el hecho que esté aquí no me sorprende lo más mínimo. En realidad su presencia la he provocado yo.

—¿Qué quieres decir?

Soames jugueteó un instante con su vaso y fijó la mirada en la alfombra.

—Presentía que iban a hacer algo.

—¿Quiénes?

—Además de Gálvez habrán venido otros miembros de la organización clandestina. Son de Francia, Italia, Alemania, Bélgica y otros países europeos donde ya están cansados de soportar la política de la Unión. Sam, en Europa muchos se dan cuenta de que están entre la espada y la pared. Por un lado ese gran incómodo aliado que somos nosotros, y por el otro la impredecible Rusia, a cada momento viviendo un idilio con el continente norte de América y en otros a punto de amenazar con una guerra total. Por eso no me extraña que estén procediendo así después del informe que envié a Almanzar.

—¿Tú enviaste un informe?

—Almanzar es mi único contacto con la resistencia europea. No sé qué hizo él con mis datos, pero el resultado está ahí y ahora: la llegada de gente dispuesta a todo, que incluso se está valiendo de Macombe.

—Entonces las fantasías de Hebert no son tales. Hay mucho de realidad en sus palabras. ¿Un colosal atentado dentro de cinco días? ¿Qué pretenden? ¿El caos, la anarquía? Si algo parecido sucediera podría ocurrir que los kherles se marcharan cansados de nuestras luchas internas e incomprensibles para ellos.

—Sam, no vacilé en informar a Hebert de lo poco que sé porque deseo que no os mezcléis en este asunto. Por una vez estoy de acuerdo con Melnick y me gustaría que tú y Carol no volváis a ver a Gálvez, al menos durante una semana.

—¿Me pides que niegue la ayuda a un amigo?

—En vuestra situación sería lo mejor.

—¿Qué situación?

—¿Otra copa? —Al asentir Sam, Soames echó *whisky* en los dos vasos—. Dentro de algunos días vais a recibir vuestras credenciales para embarcar en una nave K. Lo más seguro es que os marchéis de

la Tierra antes de cuatro meses.

Sam estuvo a punto de dar un salto en su asiento.

—¿Cómo lo sabes?

Soames sonrió tristemente.

—Lo cierto es que las credenciales os las debieron entregar hace más de un año, pero todo este tiempo estuvieron retenidas en el ordenador.

—¿Por qué?

—El CEM no se atreve a confeccionar las listas de colonos como le gustaría, pero sí retiene las de ciertas personas que le son o han sido incómodas. Tú y Carol tenéis malos antecedentes para ellos. ¿Recuerdas? Ese intento tuyo en la importante cadena de televisión de la costa Oeste, la NATV, y luego con la de mi padre. Tus actividades actuales, aunque no muy escandalosas, no gustan tampoco a los dirigentes del Comité, pero te toleran aunque no hasta el extremo de permitir que un individuo con tus ideas vaya a un planeta que ellos querrán controlar algún día.

—¿Has hecho algo para que esas credenciales salgan a la luz?

—Sí. Las sometí a un proceso que es irreversible. Supongo que es lo que tú y Carol queríais. Mucha gente daría su brazo derecho por tener semejante oportunidad.

—Si somos aceptados Carol y yo… Eso resolverá el problema.

—¿Qué quieres decir?

Sam sonrió. Había recordado a la amiga de Carol. Ellos no tendrían que tomar ninguna grave decisión.

—Gracias por todo —dijo—. Espero que esto que has hecho no te cause ninguna preocupación.

—Ninguna, desde luego.

Sam bebió un poco.

—Ahora suelta lo otro.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué dijiste a Almanzar? Ha debido ser algo muy gordo.

—¿Me prometes que no harás uso de esa información si te lo cuento?

—¿Me crees tonto? Soy un poco idealista, pero los años me están

haciendo vulnerable y más práctico. Además, jamás arriesgaría mi pasaje y el de Carol. A partir de ahora seré bueno a los ojos del CEM.

Por un momento creyó ver en la mirada de Soames un destello de disgusto ante sus palabras. Sam pensó que a su amigo no le complacía su actitud acomodaticia, aunque la adornara con un tono intrascendental.

—A mis manos llegó un informe secreto, Sam —Hill habló con acento grave—. Eran dos proyectos del CEM. En uno se detallaba cómo dentro de poco tiempo van a apropiarse del control de todos los aspirantes a colonos que se apuntan en las oficinas. Las siguientes naves, a partir de la que subáis Carol y tú, estarán compuestas por gente adicta del Comité, o bien mandadas por especialistas para dirigir un mundo a su gusto.

—Eso será difícil —sentenció Sam con escasa convicción.

—Es posible que no sea fácil sin la culminación del segundo proyecto. Ya lo han dado por radio y televisión y dentro de poco los periódicos publicarán la noticia.

—¿La reunión de Jefes de Estado convocada por el Presidente?

—Sí. ¿Sabes lo que va a decir Mulligan?

Sam sonrió.

—Mulligan no es un mal tipo. En otros tiempos sería un presidente muy popular, pero eso de ser reelegido por el Congreso y el Senado sin el apoyo popular no le beneficia. ¿Qué pretende Mulligan?

—Sin duda debe contar con el apoyo de Rusia, o en ese país el CEM se ha infiltrado hasta el extremo de convertir al kremlin en una copia de la Casa Blanca. Mulligan va a exigir la sumisión absoluta del resto del mundo, disolverá los gobiernos y nombrará virreyes que deberán obedecerle ciegamente.

—¡Mulligan se ha vuelto loco!

—Los documentos eran auténticos, Sam. Cuando los leí comuniqué todo a Almanzar, y la organización europea se puso en acción porque sabe que Rusia respaldará el pronunciamiento. Entre los dos países se repartirán el mundo, y los kherles seguirán callados porque a ellos les importa muy poco nuestra política

interna. Mientras sigamos construyendo naves para llenarlas de colonos les da todo igual.

—Sam sacudió la cabeza, como queriendo alejar aquella idea que le parecía absurda.

—El mundo estallará en revueltas. Aunque los Jefes de Estado que vengan claudiquen, otros se resistirán.

—La Unión Americana puede hacer lo que le parezca mientras Rusia no se oponga, y ten la seguridad de que no se opondrá. Aunque al principio no se haga abiertamente, todas las riquezas afluirán aquí y a Rusia.

—Me cuesta creer que Mulligan lo haga.

—El CEM lo habrá convencido o amenazado. Elige lo que prefieras.

—¿Por qué, Soames? —Sam extendió los brazos, impotente y rabioso—. No lo entiendo.

—Existe cierta lógica en esos proyectos. Los kherles no estarán eternamente entre nosotros. Algo insinuaron sobre marcharse cualquier día, y cuando lo hagan no habrán salido de la Tierra más que unos cinco o diez millones de personas. La presión demográfica seguirá siendo la misma o habrá empeorado. El CEM quiere tomar posiciones ventajosas. Sabe que no podrá construir por sí solo naves mientras no posea un Sello Kherle capaz de abrir un Impulsor o un Generador y descubrir su secreto.

»Las naves que marchen a las estrellas no volverán jamás a la Tierra, y esas colonias prosperarán mientras nosotros iremos de mal en peor. Aunque sepamos cada lugar en la galaxia donde muchos hermanos nuestros vivirán llenos de esperanza por un futuro sin inquietudes, de nada nos valdrán estos conocimientos.

»Tal vez dentro de siglos alguna colonia sea capaz de reparar la nave que la ha llevado allí, a ese planeta de promisión, y algunos descendientes de los colonos regresen. Se encontrarán con un mundo muerto.

»Para que esto no ocurra, el CEM va a tomar sus ventajas. Lo va disponer todo para que una élite sobreviva.

Sam dijo muy serio:

—Creo que ahora comprendo a Gálvez. Tú has puesto en los hombres llegados de Europa el deseo de destruir a ese grupo de mandatarios que pretende decidir por todos nosotros.

Soames se encogió de hombros. Parecía muy cansado.

—No sé si hice bien advirtiendo a Almanzar. Confieso que entonces no podía saber lo que iban a hacer sus compañeros. Me da igual todo en estos momentos.

Sam se levantó y quedose mirando emocionado a Hill, quien dijo mientras le acompañaba hacia la salida:

—Rehúye cualquier encuentro con Sebastián. La gente de la Inteligencia del CEM podría estar vigilándolo. No me gustaría que te acusaran de colaborador. Hasta dentro de cinco días debes ser prudente. Hazlo por Carol. Ella soñaba con salir de la Tierra.

Sam se volvió y tendió la mano a Soames. Luego se abrazaron y el periodista se retiró de la puerta. Casi corrió por el pasillo al ascensor. Sentía algo extraño que le atenazaba la garganta.

8

Cuando salió del edificio y el vigilante cerró la puerta tras darle las buenas noches, Sam se acordó de que pudo haberle pedido que le llamara un taxi. Ya no le importaba pagar el precio de una carrera nocturna en un coche de alquiler que era casi un carro de combate. Aunque hubiera querido discutirlo con Carol, estaba decidido, firmemente dispuesto a no esperar a que amaneciera.

Miró a ambos lados de la calle desierta. Las luces de las farolas eran tristes luciérnagas en la noche que se iba cubriendo de niebla. Sam maldijo el tiempo y cruzó la calzada. Miró atrás y observó que las luces del edificio donde vivía Soames se habían apagado.

En la siguiente esquina vio una cabina telefónica y se dirigió a ella, tratando de recordar el número de la compañía de taxis de seguridad. Si tenía suerte podía acudir uno en menos de cinco minutos. Al diablo los veinte o treinta dólares que le costaría llegar cuando antes a la comisaría más próxima.

Mientras empujaba la puerta de la cabina sacó unas monedas del bolsillo. Al alzar la cabeza tuvo ganas de gritar de rabia. El teléfono estaba destrozado.

Iba a salir cuando sintió que algo duro y fino se hundía en su espalda. Una voz amenazadora le susurró:

—Quieto, amigo. Esto que siente tiene diez pulgadas y lo afilé esta mañana. Vuélvase despacio y no intente nada.

Sam, respirando entrecortadamente, se giró sobre los talones y vio a un muchacho con barba que blandía una navaja de delgada y larga hoja. Detrás de él había otro, apoyado indolentemente sobre la verja de hierro de un comercio.

—Eh, Joe, míralo temblar —rió el de la navaja.

—Venga, que suelte la pasta —dijo el otro.

—Ya lo has oído, hombre. Saca la cartera despacito si no quieres sentir frío por el agujero que voy a hacerte en el gabán.

Sam extrajo su billetero y lo tendió al de la navaja. Pero éste no lo tomó, sino que su compañero avanzó dos pasos y adelantó un brazo, cogiéndolo.

Apenas lo hubo abierto, soltó un gruñido y un juramento a continuación. El de la navaja retrocedió para ver lo que contenía y luego miró con rabia a Sam.

—¿Sólo cincuenta pavos? —masculló—. ¿De dónde vienes, viejo? ¿Tú crees que nosotros vamos a hacer algo con esto?

—No hay derecho, Joe —dijo el otro, arrojando el billetero y guardándose los billetes—. Uno se tira la noche en la calle para toparse con un desgraciado como ése.

—Un desgraciado lo voy a convertir —sonrió el llamado Joe mientras blandía la navaja—. Tú, venga. Quiero que te bajes los pantalones. Verás lo que soy capaz de hacer de dos tajos.

—Esperad —musitó Sam—. Tengo más dinero en un bolsillo. Os lo daré…

—Será sinvergüenza —rió el que estaba más cerca—. ¿Qué esperas para sacarlo?

—De todas formas no va a salir intacto el amigo, no —rió quién se había guardado el dinero.

Sam retrocedió hasta que su espalda sintió el cristal de la cabina. Metió la mano en el interior de la chaqueta. Tenía húmedos los dedos que amartillaron el revólver y tembloroso el pulgar que levantó el percutor. Intentó hacerlo lo más rápidamente posible, pero resultó lo bastante como para sorprender a los dos. Uno de ellos se percató de su acción o tal vez tenía el oído tan fino que escuchó el ligero chasquido.

—¡Tiene un arma…!

Pero Sam ya tenía el revólver fuera del bolsillo y lo disparó a través de su gabardina. La bala se perdió sin alcanzar a ninguno, pero los hizo apartarse y esto le permitió sacar la mano y apuntar mejor.

El siguiente disparo alcanzó al muchacho que tenía la navaja y lo lanzó lejos, como a dos metros, con el pecho destrozado. Su compañero echó a correr, y Sam lo siguió unos metros. Cuando comprendió que no sería capaz de alcanzarlo y pronto se perdería entre la niebla, apretó el gatillo dos veces. La segunda bala le reventó la cabeza antes de que consiguiera doblar la esquina.

Sam expulsó el aire que había contenido en sus pulmones y tosió. De pronto, como si despertara de una pesadilla, las imágenes de los dos atracadores muertos danzaban delante de sus ojos. Sacudió la cabeza e intentó explicarse a sí mismo lo sucedido. Era como si de repente se hubiera convertido en otro hombre, la rabia le había transformado en un ser sediento de sangre, deseoso de destruir a aquellos que le habían amenazado con mutilarlo o matarlo por la única culpa de no llevar suficiente dinero encima.

Se dio cuenta de la presencia del coche patrulla cuando lo tuvo encima y las luces del techo le hicieron parpadear.

Sostenía el revólver en la mano derecha y el brazo parecía pesarle una tonelada. Se lo dejó quitar por el policía y a través de una cortina oscura que se había situado delante de sus ojos lo reconoció como el mismo que poco antes le había preguntado qué hacía en aquel barrio.

—¿Por qué no llegaron antes? —murmuró roncamente.

El policía señaló el cuerpo más próximo.

—¿Lo dice por eso? Bah, supongo que dentro de unos días le dejarán salir. Eran carroña.

—Quiero que me lleven a la comisaría central, no a la del distrito.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Tengo que presentar una denuncia.

—¿Contra esos que ya están muertos? —El otro policía había bajado del coche y regresaba después de haber reconocido el que estaba tendido cerca de la esquina—. ¿Vive alguno?

—Están fritos. Nuestro amigo ha usado balas explosivas.

—Entre —pidió a Sam el primer policía.

—Me sorprendieron cuando iba a llamar por teléfono un taxi. Quería ir a la comisaría central.

—¿Qué tenía que decirle al ayudante del comisionado?

Sam se sintió empujado al interior. En el coche quedaba otro hombre, pero no vestía uniforme de policía. Lo miró y le escuchó decir:

—Soy inspector. Puede contarme por el camino lo que sea.

Sam esperó a que los otros policías se sentaran en los asientos delanteros y el coche se pusiera en marcha para decir, empezando a extrañarse:

—¿Qué están esperando para llamar unas ambulancias? ¿Es que van a dejar esos cadáveres?

El policía que conducía, tras soltar una risa corta, dijo:

—Los basureros pasarán dentro de un rato y deberían llevárselos. Son basura, ¿no?

El coche marchaba a bastante velocidad y lo hacía sin las luces del techo. Sam observó que en el salpicadero no había nada que lo delatara como un patrullero y exclamó:

—Ustedes no son policías.

—Ha tardado bastante en comprenderlo, señor —sonrió el hombre que estaba sentado a su lado.

—¿Quiénes son?

Sintió que algo se le clavaba en el cuello y se le helaba todo el cuerpo al instante. Lo último que percibió antes de perder el sentido fue que caía hacia delante y las manos del hombre le sujetaban.

9

—Ahora vas a hablar con tu chica. Ten mucho cuidado. Ni una palabra de más, ni nada que nosotros pensemos es una contraseña.

Sam miró a quien le había arrimado el teléfono después de llevarle hasta la mesa. Era el mismo policía, ahora vestido de paisano. En aquel cuarto donde había despertado estaban ellos dos y otro hombre que fumaba oculto en las sombras.

—Conozco el número de, teléfono de tu apartamento —volvió a decirle el hombre mientras pulsaba las teclas.

Sam sabía que se llamaba Walk. Levantó la cabeza para mirarle mientras escuchaba que sonaba el timbre, aquella hora Carol debía estar en casa.

63.

—Tranquilo —dijo Sam—. No voy a llamar a la Policía.

Sabía nada más que habían pasado catorce horas desde que se le hicieran entrar en el falso patrullero y le durmieran. Sentía un ligero dolor de cabeza, pero Walk le había asegurado que se le pasaría pronto.

A la tercera llamada, Sam empezó a temer que Carol no se encontrara en el apartamento. Ella, tal vez alarmada, estuviera recorriendo las comisarías o llamando a los hospitales desde el periódico. Miró hacia la oscuridad, intentando ver de una vez el rostro del segundo hombre que hasta el momento no había dicho una sola palabra.

De pronto la voz de Carol le hizo pegar un respingo.

—¿Sí?

—Hola, cariño. Soy yo, Sam.

—¡Sam! ¿Desde dónde me llamas? Dios mío, me has tenido toda la noche sin pegar un ojo. He llamado a la redacción y ahora pensaba hacerlo a la Policía…

—Calla y cálmate. Estoy bien.

—¿Cómo quieres que me calme? He telefoneado a Soames varias veces desde hace dos horas, pero no me ha contestado…

Sam observó de soslayo que Walk colocaba un dedo sobre la horquilla del teléfono, dispuesto a cortar la comunicación.

—No hablé con Soames, encanto. Se había marchado cuando llegué.

El dedo de Walk se retiró.

—Entonces…

—Mira, ha surgido un problema. No quiero que me discutas y me hagas caso. Volverás a verme dentro de cinco días. Exactamente dentro de cinco días. Estoy retenido… No, no se trata de ningún secuestro.

—Sam, ¿estás herido? —escuchó la voz nerviosa de Carol.

—Estoy perfectamente, créeme, y entre amigos. Sí, es cierto que me soltarán. ¿Por qué tendrían que mentirme? Si quisieran hacerme algún daño ya lo habrían hecho. Si te llamo es porque ellos quieren que tú digas a todos que he tenido que marcharme de la ciudad por unos días, busca una excusa. Invéntate una tía mía o algo parecido que vive en Florida.

—¿Crees que voy a permanecer tranquila durante este tiempo?

—Pues lo harás. Cariño, si quisieran hacerme daño yo no te estaría hablando. Ellos desean que todo permanezca como siempre. Tú has de encargarte de los artículos. Ahora tienes la ocasión para hacer lo que te parezca mejor.

—Espera, Sam…

Walk movió la cabeza negativamente. Era la señal para que Sam terminase la conversación.

—Lo siento, pero se me han acabado las monedas —trató de bromear—. Ah, se me olvidaba. Mira el correo todos los días. Tal vez recibas buenas noticias…

Walk le arrebató el teléfono y colgó.

—Te advertí que no dijeras nada fuera de lo acordado. ¿Qué es eso del correo?

—Nada importante, de veras.

—Tranquilízate, Walk —dijo el hombre saliendo de las sombras —. Ves demasiadas películas de televisión. Nuestro amigo Lachman no es un agente de pacotilla.

Sam reconoció aquella voz, y antes que su dueño asomara la

cara a luz, dijo:

—Gálvez…

—Espero que Carol se encuentre tranquila después de escucharte —sonrió el español—. No deseo preocuparla.

—Entonces deberías soltarme. Ella no dormirá hasta que vuelva a verme.

—Seguro, pero no puede ser, Sam.

Gálvez se acercó a la mesa y se sentó cerca de Sam, sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a su amigo.

—He venido tan pronto como me dijeron lo que había pasado —dijo—. Estaban pensando tirarte al Hudson cuando llegué.

—¿Con unos zapatos de cemento como a la vieja usanza? —sonrió Sam nerviosamente.

—No te lo tomes a broma. No somos pandilleros, pero nuestra labor es demasiado importante para arriesgarnos siendo sentimentales. Si no hubiera otra alternativa que matarte ahora estarías muerto, Sam. Sin embargo a nosotros sólo nos interesa tener libertad de acción hasta después de la reunión de Jefes de Estado.

—Me halagas. Varios de tus hombres disfrazados de policías y siguiéndome. Los vi cuando salí del periódico y luego cerca de la casa de Soames.

—Vamos, no seas presuntuoso. No eran los mismos. Mira, no son mis hombres. Aquí no hay ningún jefe absoluto. Todos trabajamos igual. Vigilábamos a Soames.

—¿Por qué?

Gálvez se encogió de hombros. Walk se había retirado y regresó con tres tazas de café y unos bocadillos.

—Por su seguridad.

—¿La de Soames?

—Sí, lo que equivale a decir que cuidábamos de nosotros mismos. Lo hemos estado haciendo varias semanas, hasta que hace unas horas se marchó a Washington. Allí será custodiado por otros compañeros.

—¿Soames Hill es vuestro jefe, quien da las órdenes?

—Oh, no. Es un gran colaborador, nada más.

Sam, puedo explicarte ahora muchas cosas porque Walk no te dejará marchar hasta que todo acabe.

—Luego podría contarlo. ¿Has pensado en eso?

—No lo harás.

Walk dijo:

—Lo trajimos porque quería ir a hablar con la Policía —sonrió Walk, hablando con la boca llena—. Ya podemos adivinar para qué. Mencionó algo, como que deseaba presentar una denuncia.

Gálvez entornó los ojos.

—¿Es cierto, Sam? ¿Después de que hablaste con Soames tenías en la mente contarlo todo?

—Sí. ¿Para qué negarlo?

—¿Por qué, muchacho?

—Odio la violencia, los asesinatos en masa.

—Nosotros no somos asesinos.

—¿Qué sois?

—Llámanos idealistas si quieres. Patriotas, también. Claro que los del otro bando elegirían otras palabras, unos adjetivos más ofensivos.

—Conspiradores.

—Ese calificativo lo admito. ¿Qué te contó Soames?

Sam bebió un poco de café, mirando por encima de la taza a Gálvez.

—Lo de vuestra intención de actuar en el edificio de la ONU.

—¿Nada más?

—Admitió que lo hacéis gracias a que os puso en aviso.

Gálvez y Walk se echaron a reír.

—¿Qué os hace gracia? —inquirió Sam.

—Soames es muy modesto. Qué tipo tan estupendo. De haber querido hubiera sido nuestro líder, pero es demasiado introvertido y sólo le mueve su deseo de vengarse del CEM, de acabar con él.

—Conozco la historia.

—Yo apenas, pero lo que sé es suficiente. Soames tiene motivos sobrados para luchar como lo hace. Es demasiado valioso para perderlo, Sam. Por eso cuidamos de él.

—¿Es que no tenéis un jefe?

—¿Para qué? Se empieza eligiendo un líder y se acaba

combatiéndolo si la lucha emprendida termina con la victoria.

Walk soltó un gruñido y dijo:

—Gálvez, este hombre es tonto o está loco. Ojalá no nos hubiéramos dejado convencer por ti. Tu amigo Sam estaría mejor muerto.

—No seas bruto, Walk.

—Debimos dejarle frito donde lo apresamos. Ojalá esos ladronzuelos lo hubieran matado.

—¿Qué pensaría Soames si se enterara que habíamos liquidado a su amigo? —Gálvez sacudió la ceniza de su cigarrillo, el tercero desde que había salido de la oscuridad que le ocultaba—. ¿No comprendes que él siente cierta debilidad por ellos y los protege? ¿Verdad, Sam? Hasta el extremo de haber logrado que vuestras fichas siguieran su interrumpido curso para que pronto tengáis en vuestras manos dos maravillosos pasaportes a las estrellas, un pasaporte Kherle, como es conocido. De valor incalculable y por el que muchos pelearían.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he comprendido. Soames habló con Donavan hace más de tres meses, cuando fraguábamos nuestros planes, y le dijo que iba a hacerlo con varios conocidos suyos. Por lo tanto, después de oírte decir a Carol que estuviera atenta al correo me fue fácil deducir que esperas carta del CEM, vuestro nombramiento como posibles colonos.

Walk comentó distraídamente:

—Tienes un amigo muy especial, Sebastián. Iba a denunciarnos.

—¿Por qué, Sam?

—¿Me lo preguntas? Sé que los proyectos del CEM que va a anunciar el Presidente resultan perniciosos para la mayoría de los países, pero considero que aún es peor el vacío que vais a provocar matando a tantos líderes junto con Mulligan.

Gálvez alzó una ceja.

—¿Es lo que crees? Diablos, Sam, ¿cómo has llegado a esa conclusión?

—¿Es que no es cierto que tenéis pensado aprovechar la reunión de los Jefes de Estado para llevar a cabo un atentado?

—No lo niego, pero nuestros blancos no son los que tú imaginas.

Sam hizo intención de levantarse del asiento y Walk le recomendó que se mantuviera quieto.

Sebastián alzó los brazos y dejó escapar una risa cansada.

—Por Dios, Sam, te imaginaba más listo. Espera y te enseñaré algo.

Sacó de un bolsillo de su chaqueta unos papeles y desplegó sobre la mesa un plano. A la vista de él, Walk frunció el ceño y protestó:

—No deberías decirle nada. Tú también estás perdiendo la chaveta.

—Esto no valdrá un pito después, Walk. Mira, Sam. ¿Sabes lo que es?

Sam necesitó poco tiempo para reconocerlo.

—Es el plano de las antiguas Naciones Unidas.

—Bingo —Gálvez apuntó con un dedo el subsuelo del edificio donde antiguamente se celebraban las asambleas generales—. Soames, después de avisar a Almanzar cuáles eran los despropósitos de Mulligan, le envió secretamente unos planos como éstos. Conocemos en qué salón se reunirán ciertas personas antes de que comience la reunión y el Presidente dirija la palabra a los líderes.

—Por Dios, Sebastián, habéis perdido la cordura. ¿Cómo pensáis entrar? ¿A tiro limpio?

—No somos kamikazes. Hace más de tres meses llegaron a manos de Soames estos planos, cuando iban a ser enviados a Robert Gordon para que éste lo dispusiera todo en cuanto a seguridad. Soames sacó copias. Apenas hacía unos días que ya había hablado con Almanzar. La gente de Nueva York de nuestra organización empezó a trabajar inmediatamente, con toda seguridad de no ser descubierta.

»Soames modificó los planes y Gordon ignora que existen dos entradas a la ONU desde el sistema de alcantarillado. Lo habrá registrado todo, excepto nuestro paso secreto. Durante estas semanas, cuando los obreros se retiraban, nosotros hemos estado trabajando. Tenemos almacenados explosivos suficientes para que no quede una rata en ese cuarto, Sam.

—¿A cuántos pensáis matar?

Gálvez empezó a plegar los planos y sonrió.

—¿Cuántos son los miembros que rigen el Comité?

—¿Eh?

—Nuestro objetivo es el salón donde estarán reunidos Percival O'Hara y sus amiguetes mundiales.

—¿Vais contra los directores del CEM?

—Pues claro. Al Presidente Mulligan y los Jefes de Estado que se encuentren con él no les ocurrirá nada porque ellos usarán otra sala situada a muchos metros. Estamos seguros de que no correrán el menor peligro. Venga, Sam, no tenemos mucha simpatía por ellos, pero no somos estúpidos y comprendemos que liquidándolos sería mucho peor. Mulligan es aprovechable. Suponemos que su anuncio al mundo lo piensa hacer obligado por el CEM, en realidad el único beneficiario de todo.

Sam se pasó la mano por la cara. La revelación de Gálvez le había dejado anonadado. Escuchó que Walk lanzaba un juramento y exclamaba:

—¿Es que pensaba que nos íbamos a cargar a docenas de líderes del mundo? Amigo, como periodista me decepcionas. No tienes imaginación. Claro que no simpatizamos con los Jefes de Estado ésos, pero preferimos librar al mundo del Comité antes que de ellos, y no somos tan cretinos como para desperdiciar esta oportunidad.

—Así es, Sam —dijo Gálvez—. La mayoría de la gente no se da cuenta, pero si dejamos que el Comité continúe actuando nadie conocerá este mundo dentro de poco. Ellos se adueñarán de todo, saldrán de las sombras, de su disfraz hipócrita de bienhechores y se proclamarán los nuevos dictadores. Por el momento se esconden tras las cabezas visibles de los presidentes y jefes de todas las naciones, pero apenas puedan los desplazarán. De hecho la Tierra y su futuro está en esas manos, como lo ha sido siempre, de una manera u otra.

Sam pidió un cigarrillo.

—No entiendo por qué Soames no me contó esto. Sólo me dijo que había advertido a Almanzar, pero no que os facilitó los planes.

—Todo ha sido ideado por él —dijo Gálvez con pesar—. No

sientas que no te lo explicara. Sólo pretendía mantenerte al margen. Chico, ibas a meternos en un problema si hubieras ido a la Policía. Tal vez no te creyeran, pero es mejor no tentar la suerte.

—¿Puedes decirme por qué todo este gran despliegue, tanta gente como ha venido de Europa?

—Ésta es una empresa del mundo, la formamos personas que luchamos por la libertad y para acabar de una vez con la oligarquía opresora, pero con la verdadera, la elitista. Una vez que desaparezcan los miembros del Comité sabremos actuar y no dejaremos que esa maldita banda se reorganice.

—Ahora no necesitáis mucha gente para hacer que exploten las cargas que habéis colocado.

—Es imposible hacerlo a distancia. Varios de nosotros tendrán que estar en los túneles secretos. No hemos encontrado ningún dispositivo sofisticado que nos sirva. Gordon ha sembrado el edificio de la
ONU
y sus contornos de elementos que lo detectarían. Te reirás, pero has de saber que sólo dispondremos de una mecha y un fósforo. Muy romántico, ¿verdad?

—Oh, vamos. No es posible —sonrió Sam.

—Lo es, amigó —suspiró Walk—. Y nos alumbraremos con velas. Un mínimo voltaje en los túneles alertaría los sistemas de seguridad. Pero si las cosas salen como está previsto todos saldremos de allí. A cada instante conoceremos los movimientos de nuestras víctimas, y sabremos cuando estén en el salón dinamitado.

Sam pensó que allí habría más de cien personas, casi todas las que formaban el Comité. Seguro que aquel día nadie faltaría para poder estar cerca del lugar de su triunfo.

—Sólo quedan cuatro días —dijo—. Me temo que hay un problema.

Gálvez preguntó:

—¿Cuál?

—Carol y yo, con toda seguridad, recibiremos nuestras credenciales para asistir como informadores a la reunión. Si no nos presentamos despertaremos sospechas.

Gálvez y Walk se miraron.

—Vaya —dijo Sebastián. Sí, es un maldito problema. Sin

embargo, Carol puede cubrir la noticia. No temas por ella. Los informadores estarán a salvo. Ni una sola esquirla llegará hasta ellos.

—Puede haber cambios a última hora. Sam, todos vuestros planes podrían venirse abajo en el último momento.

—Es evidente que a pesar de tu oficio, no sabes cómo actúa Gordon. Camina por la vida con una idea fija en la mente. Conocemos sus dispositivos de seguridad al dedillo.

—¿Soames también?

—Sí, caramba —gruñó Gálvez—. Todos estos días hemos estado recibiendo mensajes suyos.

—¿De palabra?

—¿Por teléfono quieres decir? No, nada de eso. No somos tan locos. Desfrunce el ceño, hombre. No te preocupes por Carol.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No tengo el menor deseo de volar por los aires, amigo. Tengo mi credencial para asistir en primera fila al acontecimiento. No me lo perdería por nada del mundo.

—Es posible que me retengas aquí estos días, pero cuando llegue el momento tendrás que sacarme y dejar que te acompañe.

10

Después de hablar con Sam, Carol, olvidando sus recomendaciones, corrió a casa de Soames y comprobó que el apartamento estaba vacío. Por uno de los vigilantes del edificio se enteró que Hill había marchado a Washington hacía unas horas.

Luego fue a la redacción, y en la entrada Peter la recibió con una sonrisa y un paquete en las manos.

—Un mensajero acaba de traerlo para ti. Sam se enfadará mucho si se entera que tienes un admirador. Por cierto, ¿dónde está Sam?

Carol no escuchó sus últimas palabras y desenvolvió el paquete que ya había notado contenía algo pesado: Era una caja de cartón y la abrió. Sobre un revólver del calibre 38 había un papel doblado.

La mujer, nerviosa, lo leyó:

«Carol, continúo estando bien. Pedí que te hicieran llegar esto para que lo entregues a Peter. Nos veremos pronto. Besos».

—Es mi revólver —murmuró Peter—. Anoche se lo di a Sam.

—Tómalo. Es tuyo, pero no digas nada a nadie.

—¿Qué le ha pasado a Sam?

Carol empujó a Peter hasta un rincón y le contó lo ocurrido.

—¿Por qué lo han secuestrado? —Exclamó Peter—. Carol, deberíamos llamar a la Policía. No toques el revólver. Tal vez conserve huellas de los tipos que tienen a Sam.

—No habrá ninguna huella —sonrió ella—. Júrame que no dirás a nadie que Sam está encerrado. Estoy segura de que lo soltarán.

Peter abrió el bolso de Carol y metió en él el revólver.

—Consérvalo. He mirado que está cargado, no falta ninguna bala. Quien atrapó a Sam debía ser un conocido suyo o habría usado el revólver. De todas maneras creo que debemos hacer algo.

Carol suspiró.

—Sí, esperar. Peter, sé que tú aprecias a Sam. Por él te pido que mantengas la boca cerrada.

—Lo haré por ti…, y por él. Pero hasta que Sam aparezca estaré contigo.

—Gracias.

—Arriba han llegado dos credenciales, una para ti y otra para Sam. Son para esa reunión.

—¿Y Hebert?

Peter se encogió de hombros.

—Creo que ha llamado al jefe de redacción para advertirle que no volverá de Chicago hasta dentro de una semana, pero ha solucionado lo del papel y pronto recibiremos una buena remesa.

—El bueno de Hebert se ha preparado su coartada —musitó Carol.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Gracias otra vez, Peter. Subo un momento. Tengo que terminar un maldito trabajo. Dejaré hoy mismo listo los artículos de tres días.

Una vez en la redacción, el redactor jefe dijo a Carol lo que ésta ya sabía por Peter y le hizo entrega de dos papeles plastificados.

—¿Por qué no ha venido Sam? —preguntó mirando por encima de los hombros de ella.

—Está resfriado.

—Vaya por Dios —gruñó el hombre—. Espero que esté bien para cuando se inaugure la reunión. Vuestras acreditaciones sólo servirán si vais juntos, no sé por qué motivo, pero es así. La ciudad es un hervidero desde esta mañana. Han llegado fuerzas de seguridad de otros Estados y toda la isla parece estar tomada militarmente.

Carol no le respondió, se alejó de él y se sentó ante su máquina. Sólo necesitó unos instantes para concentrarse y empezar a teclear, mirando fijamente la pantalla, repasando las líneas que iban apareciendo.

Era consciente de que no estaba haciendo un buen trabajo, pero confiaba en que pasaría.

Dos horas más tarde terminó las tres entregas y las puso en la mesa del redactor jefe aprovechando que éste se había ausentado. Escribió una breve nota explicándole que se marchaba a su casa a cuidar de Sam.

Cuando salió no encontró a Peter y Cole le dijo que se había ido, pero Carol lo encontró en la acera de enfrente, apoyado sobre un

coche algo viejo.

—Señorita, tu escolta está dispuesta.

Carol sonrió.

De repente se acordó de Peter cuando apareció en Des Moines huyendo de California y de la persecución de los emigrantes.

Casi cinco años le habían transformado en un hombre, pero sólo de aspecto.

A veces ella pensaba que seguía comportándose como un crío aficionado a las viejas películas de aventuras.

—¿Es tu auto? —preguntó Carol.

—Sí, y funciona. ¿Entras? ¿Dónde quieres ir?

Ella suspiró.

—Déjame en mi casa. Tú tendrás alguien que te espere esta noche.

Peter Losada se sentó ante el volante, quitó el freno de mano y sujetó la llave de contacto. Miró a Carol de reojo y le dijo:

—Dormiré en la puerta de tu casa, pero no te dejaré sola un minuto. Acabo de pedir unos días de permiso y estoy a tu disposición, hasta que Sam aparezca.

Carol miró al muchacho con dulzura.

La mujer se preguntó si dentro de dos años, cuando volviera del Ejército seguiría siendo el mismo.

Si le enviaban a una de esas muchas zonas conflictivas que tenía la Unión seguro que no sería el mismo. De allí regresaban los jóvenes muy cambiados, enfermos y asqueados…, si es que lograban sobrevivir.

A Losada, pensó, sólo le salvaría de vestir un uniforme si tenía la suerte de recibir un pasaporte que le permitiera entrar en el Complejo Lunar.

—Tengo en casa un sofá muy cómodo —dijo Carol—. No tendrás que dormir en el suelo. Ah, y un buen televisor donde podrás ver un montón de películas.

El jefe de redacción llamó en varias ocasiones y Carol pensó que cada vez estaba más furioso. El hecho de haberse quedado al frente del periódico en unas fechas tan importantes le había roto los nervios. No le complacían del todo los artículos, pero como por aquellos días habían pasado a las páginas interiores y el público demostraba poco interés por ellos debido a las noticias procedentes

del edificio de la ONU, su preocupación se centraba en que temía que Sam no estuviera en condiciones de estar con Carol en la sesión inaugural.

Ella, cruzando los dedos, le repitió siempre que para entonces Sam estaría recuperado.

—Será mañana a las diez en punto, no lo olvides —le gritó antes de colgar estrepitosamente el teléfono—. Si no estáis allí pediré a Hebert que os ponga de patitas en la calle.

Carol hizo una mueca de indiferencia y dejó caer suavemente su teléfono. Miró a Peter, que contemplaba una película de vaqueros.

—Espero que no vuelva a llamar o lo mandaré al infierno —dijo.

Peter bebía una cerveza y fumaba. Se limitó a asentir con la cabeza. La película parecía interesarle. De pronto cesaron los disparos en la pantalla y apareció la presentación de un *flash* de noticias. Salieron imágenes de un aeropuerto con tropas armadas y una voz en *off* explicaba:

—«Se encuentran ya en la Unión casi todos los Jefes de Estado convocados por nuestro Presidente. Esta llegada que están observando es la del primer ministro británico. Hace unos momentos fue recibido por el secretario de Asuntos Exteriores el presidente francés, que venía acompañado de su colega de Madagascar…».

—Están interrumpiendo los programas a cada instante —gruñó Peter—. ¿Viste la escolta que traía el presidente alemán? Jesús, parecía como si Hitler hubiera visitado el siglo pasado los Estados Unidos.

—Deben faltar muy pocos.

—No vendrán todos. Están ausentes casi todos los líderes africanos excepto el de Sudáfrica y alguno que otro. Nadie sabe dónde los están alojando, es un secreto fuertemente guardado. Para mañana el despliegue de seguridad en Nueva York será impresionante. Supongo que acudirán en helicópteros a la ONU desde muy temprano, ya que la reunión comenzará a las diez en punto.

—¿Se sabe algo de las actividades de Macombe?

—Qué va. Esos fanáticos están muy calladitos. Seguro que no

saldrán de sus escondites, y harán bien porque la Policía tiene órdenes de actuar con ellos. Tirarán a dar, Carol.

—No estemos tan seguros —dijo moviendo la cabeza—. Han tenido tiempo para prepararse.

En la pantalla, el primer ministro de la Gran Bretaña entraba en un helicóptero que se elevó y reunió en el cielo con dos más. Apareció el busto del locutor y dijo con el micrófono muy pegado a sus labios.

—«Dentro de unos minutos llegarán otras personalidades. En la ciudad existe un clima de fiesta y euforia, se vive una gran alegría y todo el mundo especula sobre el contenido del discurso que David Mulligan dirigirá a los convocados. —Sacudió un papel para poder leerlo y añadió—: Tengo aquí un comunicado de los servicios especiales de Seguridad, de su propio jefe, quien ruega a los neoyorkinos que mañana asistan a la reunión desde sus casas a través de la radio y la televisión. Debido a los sistemas extraordinarios de vigilancia se cortará el tráfico en varias avenidas y cualquier vuelo aéreo privado quedará prohibido en toda el área. Ahora voy a hacer unas preguntas al responsable de que nuestros huéspedes gocen de la debida protección durante su estancia en nuestro país. Ante ustedes Robert Gordon».

Carol se sentó al lado de Peter y comentó:

—Esa cara me es conocida. Creo haberla visto hace unos años, exactamente cuando estuvimos en Australia, a punto de subir a la lanzadera que nos debía llevar al Complejo.

La chica observó al hombre de escasos cabellos rojos, a quien el locutor agarraba de un brazo y lo situaba en el lugar adecuado para que la cámara lo tomara debidamente.

—«Señor Gordon, a nuestro público le gustaría conocer algunos consejos suyos para mañana y los días siguientes, puesto que todos pensamos que la reunión será larga y en ella se debatirán temas importantes tras la alocución de nuestro Presidente».

Gordon se humedeció los labios, parecía nervioso. Miraba a todas partes. Antes de que empezara a hablar apareció detrás de él una mujer hermosa que sonreía levemente.

—Vaya fulana —sonrió Peter—. Seguro que es la secretaria de ese tal Gordon. Se las busca el fulano, ¿eh?

—Te equivocas, chico. Ella es Ann Maycooper y está muy por

encima de Gordon. Ahora estoy segura de que el CEM se ha hecho cargo del complejo sistema de seguridad, y me pregunto por qué. Mírala cómo sonreía. Me han dicho que es muy peligrosa.

Bob Gordon dijo:

—«Creo que usted ya ha explicado lo más importante. Sólo me cabe añadir que hemos hecho un gran esfuerzo para mantener el orden y que mañana todos ustedes puedan ver en sus casas, u oírlo por la radio, a nuestro Presidente. Esto es todo, Paul. Gracias».

—«Un momento, señor Gordon. Tal vez usted pueda anticiparnos algo del contenido del mensaje del Presidente. Su cargo…».

—«Lo siento, pero sé tanto como usted. Sólo el Presidente y un escaso número de sus consejeros lo conocen, además de los miembros del Congreso y el Senado, por supuesto; pero de éstos no logrará saber nada».

—«Eso me temo. Gracias de todos modos, señor Gordon».

Robert se retiró y la mujer que estaba a sus espaldas lo hizo a continuación.

Carol se levantó y apagó el televisor, se volvió hacia Peter y comentó furiosa:

—Cuánta hipocresía. Demasiado bien sabía el locutor que Gordon no le revelaría nada, pero en este país se han de mantener las formas y que la gente piense que todo sigue como hace unos lustros, cuando los informadores eran agresivos.

Peter soltó su cerveza y estaba incorporándose para volver a encender el aparato cuando sonó el teléfono.

Carol tomó el auricular. Antes de que preguntara quién llamaba, escuchó:

—Hola, bonita. Soy Gálvez.

—Te he reconocido por el acento. ¿Dónde está Sam?

—Siempre dije que eres la mujer más lista que conocí. Escucha. Sam está muy bien. Ayer me ganó unos dólares jugando al póquer y me alegraré de perderlo de vista. Juega demasiado bien para mí. Por lo tanto, mañana pasaremos a recogerte a las siete en punto. Habrá mucho tráfico, demasiados controles y necesitaremos tiempo para llegar.

Carol soltó una carcajada nerviosa.

—¿De qué te ríes? —preguntó Gálvez.

—Maldito truhan —musitó ella—. Supongo que Sam se habrá aliviado del resfriado.

—No te entiendo.

—Nada, olvídalo. Son cosas mías. Llevo tres días diciendo a cierto individuo que Sam se restablecería de su resfriado y vendría conmigo a la ONU. Lo hacía para que me dejara en paz, pero ahora llamaré al periódico para que se tranquilice.

—No lo hagas. Déjalo para mañana.

—¿Por qué?

—Tú obedéceme. Sam te envía un beso.

—Vete al infierno. Te arañaré cuando te vea.

—No lo harás porque estarás muy ocupada abrazando a ese sinvergüenza. Escúchame. Sam quiere saber si has recibido algo importante en el correo estos días.

—¿Otra vez eso? —Carol se volvió y pidió a Peter que mirara debajo de la puerta. El portero tenía la costumbre de entregarlo a aquella hora—. Sí, Peter me dice que está. Espera.

—¿Peter te protege o estás engañando a Sam? —rió Gálvez.

—Eres odioso. Peter te metería un balazo si te viera entrar.

Carol se sujetó el teléfono entre la mejilla y el hombro y repasó la correspondencia que le había dado Peter. Sintió que le faltaba la respiración cuando descubrió en una de ellas el membrete de la oficina de voluntarios. Lo abrió con dedos nerviosos y estudió su contenido.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Sabes lo que es?

—Felicidades. Tu tono te delata. Se lo diré a Sam.

—¿Pero tú sabes lo que es?

—Claro que sí. Hasta mañana, preciosa.

Carol sintió el aliento cargado de cerveza de Peter por encima de su hombro, y escuchó el silbido lleno de admiración del joven.

—Diablos, eso vale varios billetes de mil dólares si pudieras venderlo.

11

Ann Maycooper observaba el numeroso grupo de informadores del país y llegados de todas partes del mundo. La mayoría eran corresponsales de periódicos extranjeros acreditados en la Unión. Sonreía viéndolos porque le parecían una manada de ovejas decepcionadas.

A ninguno se le había permitido entrar en el vestíbulo del edificio portando una cámara y todos habían sido registrados a fondo después de pasar por varios controles y detectores de metales. Las únicas cámaras allí presentes pertenecían a una cadena estatal. Cuantas emisoras habían querido llevar a sus espectadores el evento tuvieron que conectar con ellos. Esto no lo supieron hasta última hora y se produjeron las lógicas protestas que fueron debidamente desoídas.

Por otros caminos habían llegado los líderes mundiales y docenas de azafatas los fueron conduciendo a sus salas de espera hasta la hora en que fueran llamados a la asamblea.

Ann consultó su reloj. Eran las nueve y treinta minutos. Hacía un cuarto de hora que el Presidente Mulligan había llegado y se encontraba reunido con varios de sus secretarios, se decía que ultimando detalles.

El despliegue policial resultaba espectacular, reforzado por varias compañías de la Guardia Nacional.

Una vez que Gordon pasó ante ella, le saludó amistosa y dijo:

—Te felicito, Gordon. Acabo de hablar con Percival y me ha dicho que te transmita su enhorabuena por todo.

Y había visto sonreír a Gordon con toda su bocaza, alejándose de ella a continuación como un pavo hinchado a seguir impartiendo órdenes que ya no eran precisas, pero que siempre lo hacía procurando estar delante de las cámaras.

Un poco lejos de los informadores había un grupo de ejecutivos

del
CEM
y en él se hallaba presente alguien que interesaba mucho a Ann.

Por un momento estuvo tentado de llamarlo a su lado, pero desistió y no se decidió a hacerlo hasta que faltaban veinte minutos para las diez. Entonces pidió a una azafata:

—Diga al señor Hill que venga.

La azafata regresó seguida de Soames Hill. Cuando se retiró, Ann sacó su pitillera de oro y le ofreció un cigarrillo.

El hombre lo aceptó sin dejar de mirarla a los ojos. En sus labios flotó una sonrisa resignada cuando se dejó prender el cigarrillo por la llama azulada del encendedor de Ann.

—Me alegro de que esté aquí, señor Hill —dijo ella.

—Ignoraba que usted me necesitara y me encontrara en Washington cuando recibí su llamada urgente. Lo gracioso es que nadie me ha dicho todavía para qué estoy aquí.

—Se lo diré cuando comience la reunión. Dentro de diez minutos, los Jefes de Estado y primeros ministros se dirigirán al salón de actos, luego lo hará el Presidente y…

Soames se quitó el cigarrillo de los labios.

—¿Luego qué?

—Sabrá para qué le necesito aquí —Ann se volvió y echó un vistazo a varios hombres vestidos de gris que habían entrado los últimos en el vestíbulo y se dirigían con pasos decididos hasta un control donde una docena de policías repasaban las listas de informadores presentes—. ¿No echa usted a faltar algunas personalidades entre nosotros, señor Hill?

Soames negó con la cabeza. El silencio de Ann le forzó a decir:

—Tal vez a nuestros jefes. Sé que han llegado todos los miembros que componen el Comité, sin faltar ninguno, pero la verdad es que no sé dónde se han metido.

—En algún sitio, seguro —rió Ann—. Ellos nunca dejan de hablar entre sí. Entrarán los últimos en la asamblea. Debe haber como más de doscientos informadores. ¿Algún conocido entre ellos, señor Hill?

Él sacudió la cabeza y dijo:

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Antes le vi caminar cerca de ese lugar acotado donde los

mantenemos bien controlados hasta el momento de permitirles asistir a la asamblea.

—Se me antojan como los judíos camino del campo de concentración.

—Una comparación muy desafortunada. Ha leído demasiada Historia —Ann volvió a mirar su reloj—. Le veré luego.

Soames se despidió con una inclinación de cabeza y tomó el camino contrario de donde estaban los informadores. Ann le vio alejarse y sonrió cuando un hombre vestido de gris se convertía en la sombra del ejecutivo.

—Cariño, para esto podíamos habernos quedado en casa viéndolo por televisión y luego copiar el informe que la oficina de información nos pasará —suspiró Carol. Estaba agarrada del brazo de Sam y pese a todo se sentía contenta.

Sam le acarició la mano. De haber estado permitido hubiera abandonado aquel lugar llevándose a Gálvez a rastras.

El español estaba un poco más allá de donde ellos se encontraban, charlando con varios cronistas sudamericanos. Parecía alegre, indiferente a cuanto iba a ocurrir en pocos minutos.

Para Sam era increíble que Gálvez mostrara una actitud tan despreocupada después de haber estado algunos segundos más de lo habitual pasando el control. ¿Es que no captó las miradas que se cruzaron dos de aquellos gorilas vestidos de gris que apestaban a agentes del
CEM
?

No quiso decirle nada. En realidad no podía porque había tanta gente que era imposible hacerlo sin que se enterase el hombre o la mujer que estaba al lado. No se atrevió. Aunque suponía que lo disimulaba bastante bien, su estado de nervios era tal que a veces sentía deseos de vomitar.

—Los temores de Hebert eran producto de un disparate, Sam. ¿Qué podría ocurrir? Los sistemas de seguridad son demasiados —comentó Carol susurrándole al oído.

Sam se movió inquieto. Se vieron a las siete en punto después de cuatro días y durante el camino se limitaron a bromear, lanzando Carol algunas puyas contra Gálvez, que conducía. Para ella su retención se había debido a que el español estaba involucrado en un

complot de románticos conspiradores que al final se habían convencido de que no podían hacer nada. Así lo reconoció Gálvez humildemente ante ella, aunque añadió que aún confiaba en que a última hora sucediera algo gracias a la ayuda que los fanáticos de Macombe iban a proporcionarles.

Cuando ya tenían a la vista el conocido edificio de la ONU Gálvez confesó:

—Es cierto que lo de mi entrevista a la madre de ese astronauta era una excusa, Carol. Mi intención es relatar posteriormente en mi país los intentos de un grupo, con cuyo líder hablé, que hoy tiene proyectado una acción de protesta que sueñan sea sonada. Como apoyo cuentan con esos locos Hijos de las Estrellas.

Ella dijo que los seguidores de Macombe no se habían dejado ver desde hacía una semana y le llamó loco e iluso.

No hablaron más. Como temía Gálvez, necesitaron más de dos horas para atravesar la ciudad y los controles instalados por todas partes. Luego, la cola para llegar al interior era lentísima y mientras estuvieron en ella vieron llegar numerosos helicópteros de los que descendían importantes personalidades. Se cansaron de ver policías y guardias nacionales por todas partes y se sintieron oprimidos ante tanto despliegue.

Un altavoz anunció a los informadores, exactamente a las diez menos dos minutos:

—Están entrando los invitados a la sala general. Ustedes, los informadores, lo harán después. Prepárense para seguir a sus guías.

Dos minutos después todo el edificio se estremeció y un ruido espantoso surgió de sus entrañas.

12

Al mediodía, dos horas más tarde, Ann Maycooper se retocó el maquillaje, se sonrió al espejo y dijo al hombre que esperaba sus órdenes.

—Hazlo entrar.

Aguardó de pie, detrás de la mesa. El hombre regresó a los pocos minutos y empujaba a Soames Hill.

Ann lo miró fijamente e hizo un gesto al agente para que se retirara. Se marchó después de comprobar las esposas que sujetaban las muñecas de Soames.

—Ahora puedo decirte para qué te quería aquí, Soames.

—Creo que te sobran las palabras —Soames trató de sonreír. Su detención, tras la explosión, por aquel personaje que le había estado siguiendo desde que hablara con Ann, le sorprendió un poco al principio y dudó en protestar airadamente, hasta que se convenció de su inutilidad y se resignó. Al menos, pensó, le quedaba el consuelo de que todo había servido para algo.

—¿Tú crees? Estás equivocado. No vas a tener tanta suerte como Robert Gordon.

—¿Qué tengo que ver con Gordon?

—Nada y mucho. Gordon entró en cierta sala unos segundos antes de las diez con el propósito de anunciar a las personas que allí esperaban que debían trasladarse a asamblea. Tú debes saber que no ha quedado nada de él, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo? Apenas se produjo la explosión me sujetó ese gorila y me arrastró a un cuarto, cuando en el vestíbulo la gente corría y trataba de salir.

—Los informadores se asustaron, pero no mis hombres ni los policías. Me han dicho que ha habido varios muertos.

—No habrán sido pisoteados.

—No, claro. Algunos informadores se sentían culpables y

trataron de arrollar a los policías.

—Apuesto a que no lo consiguieron.

—Perderías, —el rostro de Ann se crispó—. Al final no se dominó el tumulto y un tropel de informadores, empleados y guías rompió el cordón y se desparramó por las afueras. Tardamos en reunirlos, pero nos tememos que faltan algunos, y entre ellos seguro que están varios de los conspiradores más importantes.

—Lo siento —sonrió Soames.

—No tardarás en sentirlo de verdad, Hill. A Gordon lo preferíamos muerto porque después de esto no iba a servirnos ni para hacer una alfombra con su asquerosa piel; pero tú eres diferente. Nos ayudarás a identificar a varios de los asesinos detenidos.

Soames aspiró profundamente. Sabía que ella tenía medios para hacerle soltar la lengua. Se apiadó de los que fueran puestos ante sus ojos. Pero se había jugado y perdido en parte. Había que aceptar las consecuencias. Pensó en Winston Colbert y se dijo que el viejo estaría contento si viviera.

—¿Qué piensas de lo que han hecho? —preguntó Ann.

—Confío que sirva para algo. De hecho será así.

—¿Gracias a ti?

—¿Por qué no? Algo tengo que ver.

Ann soltó la carcajada que hacía un rato rugía en su interior.

—Más de lo que te figuras. Empecemos. Tú advertiste a alguien en Europa de las intenciones de nuestro Presidente.

—Digamos que él iba a hablar en nombre del CEM. Al final no pensé que era tan débil. Espero que ahora sea más valiente.

—Entiendo. Tú piensas que después del atentado nosotros no valdremos un centavo dentro de poco y podrás salvar la vida.

Soames se enderezó. A pesar de odiar a Ann tenía que reconocer que era rápida de reflejos. Ella se había dado cuenta de cuál era su última esperanza.

Pero la mujer parecía segura de sí misma.

—Está después el segundo favor que hiciste a los conspiradores. Soames no pudo evitar expresar su extrañeza.

Ella le contuvo con un gesto. Quería seguir hablando.

—¿No has pensado que resulta muy asombroso que ellos llenaran de explosivos el salón donde iban a esperar los miembros del Comité? ¿Cómo pudieron hacerlo, Soames?

—Espero conocerlo algún día. A veces la Historia revela cosas interesantes.

—Estúpido. Todavía sigues abrigando la esperanza de que en cualquier momento se presente aquí alguien que me detenga y te ponga en libertad. Alguien te maldecirá en Europa, Soames.

—Estás nerviosa, Ann.

La mujer golpeó la mesa.

—No sospechaste nada cuando cayeron en tus manos aquellos informes tan confidenciales, ¿verdad? Y corriste a decírselo a alguien. Y ese personaje, que espero saber quién es, contó poco después con planos pormenorizados de los túneles secretos que llevaron a los terroristas hasta la sala y de noche la llenaron de explosivos. Esto último hará que te maldigan, Soames.

Hill parpadeó.

—Yo no envié ningún plano…

—Pero ellos lo creyeron. Jamás dudaron que tú fuiste quién se los proporcionó, y ante ellos, seguros de salirse con la suya, movilizaron a sus agentes en la Unión y enviaron a otros desde Europa.

Soames sintió que las piernas le flaqueaban.

Ann se dejó caer en el sillón que tenía detrás y gozó de su momento de triunfo.

—Hubo un pequeño cambio, Soames —dijo—. ¿Adivinas quién no estuvo donde debía?

La persona que aparecía en la pantalla mostraba una profunda seriedad. En silencio, Sam, Carol y Peter le vieron prestar juramento sobre la Biblia como un nuevo Presidente de la Unión Americana.

—Lee Connally, el buitre, en la Casa Blanca —masculló Sam.

La cámara se desvió cuando el hasta entonces vicepresidente terminó de recitar la fórmula juramental y enfocó un grupo de personas que asistía a la íntima ceremonia. Apenas habían transcurrido veinticuatro horas del atentado. Los tumultos que se produjeron a partir de entonces en la ciudad fueron la causa del retraso.

—Esa mujer otra vez —dijo Carol. Había descubierto a Ann

Maycooper situada al lado de un hombre cuyo rostro era bastante bien conocido. Percival
O'Hara
tenía una expresión adecuada a las circunstancias, muy grave; pero ella creía percibir un ligero destello en sus ojos.

—La vi ayer en el vestíbulo, la última vez hablando con Robert Gordon. Creo que ella lo envió a avisar a los de la sala.

—Dios mío, ¿es que nadie se pregunta por qué Connally era el único del gabinete presidencial que no estaba allí?

—La verdad es que nadie se atreverá a formular esa pregunta en público.

Unos minutos después terminó la retransmisión de la ceremonia y la televisión federal ofreció imágenes de los disturbios ocasionados en varios barrios por agitadores. Se suponía que muchos eran miembros de la secta Los Hijos de las Estrellas y los detenidos sumaban varios cientos. No se habló de los heridos ni muertos, aunque en la ciudad se rumoreaba que la policía efectuó varias descargas y se recogieron numerosos cadáveres.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Peter se incorporó de un salto y acudió a la entrada llevando su revólver en la mano. Instintivamente, Carol tomó su bolso y lo abrió. Sam vio que dentro estaba el arma que conocía demasiado bien. No dijo nada, pero estuvo con los músculos en tensión hasta que Peter regresó y anunciaba con voz nerviosa.

—Es ese hombre, Sebastián Gálvez.

Gálvez entró caminando con expresión de dolor. Sam y Carol acudieron a él y el español les pidió con una sonrisa torcida:

—No me abracéis, por favor. Si lo hacéis vais a acabar de romperme las costillas.

Le hicieron sentar y Peter le sirvió una copa de ginebra.

Gálvez bebió hasta la última gota, chasqueó la lengua y cerró los ojos. Cuando los abrió miró a sus amigos y dijo roncamente:

—Buena nos la ha jugado, ¿verdad? Se han servido de nosotros para el trabajo sucio. Ahora se han librado de Mulligan y de sus secretarios. Tienen el camino libre para hacer lo que les parezca si saben utilizar a esa marioneta que desde hoy será vuestro Presidente.

—¿Cómo escapaste? Vimos que muchos huían y los cazaban a

tiros.

—Me arrojé desde una altura de doce metros. Cuando dieron la vuelta para comprobar si quedaba algo entero de mí, me había largado arrastrándome como una serpiente. He tardado veinte horas en llegar hasta aquí, pero no os preocupéis. Estoy seguro de que no me han seguido, y no pienso quedarme con vosotros demasiado tiempo. Sólo necesito algo de dinero para salir de Nueva York. Con un poco de suerte entraré en México, a lo que queda de él. Tal vez antes de un año consiga volver a España.

—¿Qué ha pasado en realidad, Sebastián? —preguntó Carol.

Gálvez se mordió los labios.

—Es fácil comprenderlo ahora. Se valieron de Soames. Nos dejaron creer que íbamos a liquidar a los dirigentes del CEM y a última hora cambiaron la sala, llevando a ella al Presidente Mulligan y a cuántos les molestaban. Seguro que ese pobre viejo no tenía pensado intimidar al mundo, sino todo lo contrario. Les molestaba.

—¿Y Soames? Si es cierto lo que dices correrá peligro —dijo Sam.

Gálvez no respondió. Pidió más ginebra a Peter.

Se marchó unas horas después. Sam le dejó uno de sus trajes y el poco dinero que tenían en casa. Aunque insistieron en que debía quedarse allí hasta que las cosas se calmaran en la ciudad, Gálvez se negó a aceptar.

—Han cazado a casi todos, pero me han dicho que Clive Donovan sigue libre. Tal vez no puedan descubrir su participación.

—¿Cuántos han caído, Gálvez? —preguntó Sam cuando llegaron a la salida y después de que Peter comprobase que el corredor estaba desierto.

—Demasiados. Por suerte sólo yo conocía la actividad de Almanzar en Europa. Ese pobre viejo no estará tranquilo de todas formas hasta que pase algún tiempo. Si aquí se supiera que él coordinó todo, no dudarían en pedir su pellejo al Regente español.

Carol besó a Gálvez y Sam le estrechó la mano.

—Podemos volver a vernos, Sebastián —dijo.

—No digas tonterías —sonrió Gálvez—. Dentro de poco, vosotros estaréis camino de las estrellas. Estaré atento cuando la

nave
K-30
despegue del Complejo Lunar. Os desearé suerte. ¿Es la que os han asignado, no?

Carol asintió. Gálvez la sonrió y se alejó de ellos.

Ninguno se movió de la puerta. Esperaron a que Gálvez entrara en el ascensor.

Mientras tanto, en el saloncito continuaba funcionando el televisor sin que nadie se enterase de que en aquel momento una locutora comentaba de la persona que la acompañaba:

»—… Tal vez para echar por tierra esos rumores infundados que corren, esparcidos por gente irresponsable. Como bien saben, existen campañas para que nadie se presente voluntario, y sus teorías absurdas aseguran que el destino de los colonos es incierto. Tengo a mi lado a una persona, un importante miembro del
CEM
, que acaba de recibir su documentación para incorporarse dentro de breves meses a una expedición.

»Por favor, señorita Maycooper, ¿tiene algún inconveniente en explicar a nuestros espectadores lo que siente después de haber recibido su pasaporte a las estrellas? Amigos, ante ustedes una afortunada por los kherles, esos seres maravillosos que están poniendo mundos de ensueño en nuestras manos. Dígame, señorita Maycooper, ¿cuándo cree que estará concluida la nave
K-30
a la que ha sido asignada?

FIN